



Oeste Carys Davies



DESTINO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Por lo que ella alcanzó a ver llevaba dos pistolas...

John Cyrus Bellman era un hombre alto...

La noche anterior a su partida...

Aquello había prendido una chispa en su interior...

Desde Lewistown, Bellman siguió avanzando...

A través del grueso tejido de la cortina...

Bellman acampó en la orilla del río Misuri...

Llegó el invierno, después la primavera...

Anciana de Allá Lejos tenía diecisiete años...

Tía Julie dijo que era desleal y desconsiderado...

Las cartas, ah...

Bellman había conocido a muchos nativos...

Volvió la primavera...

Aquel enorme hombre blanco...

Podía llegar a ser un trabajo bastante engorroso...

Los días pasaban, llovía mucho...

Desde su cama, Bess escuchaba...

Se detuvieron bajo un risco de arcilla azul...
La tía lo invitaba ahora todos los días...
Aquella misma primavera en Lewistown...
A veces el río estaba demasiado bajo...
Cierta día Bess está sentada en la escalera...
De lo que Devereux, el vendedor de pieles...
Mucho tiempo atrás...
En Carter's, la hermana de Bellman...
Empezaba a temer que nunca los encontraría...
Algunos días, por hacer algo...
Mediante una serie de gestos lentos...
Vas a necesitar un vestido nuevo...
Había encendido un fuego y cavado una fosa...
En San Luis el chico olió cerveza...
Desde lo del bibliotecario...
El señor Hollinghurst había descrito un estrecho valle...
Bess aguanta la respiración...
Bess nunca dejaría de preguntarse...
Agradecimientos
Nota
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Afectado por la pena causada por la muerte de su mujer y con una insatisfacción que no sabe ubicar, John Cyrus Bellman, un cuidador de mulas de treinta y cinco años, decide dejar su pequeña granja en Pensilvania para poner rumbo a una aventura imposible con apenas una brújula y algunas provisiones: seguir el rastro de los pioneros que aseguraron haber encontrado huesos de animales colosales en el interior del país. Tras prometer que volverá en dos años, deja atrás a su única hija adolescente, Bess, bajo el obsesivo cuidado de su hermana Julie.

La joven se ve forzada a vivir en un mundo hostil donde nadie parece reclamarla, mientras sigue los pasos de su padre a través de los viejos mapas que encuentra en la biblioteca local e intenta eludir las atenciones que tanto su tía como ella reciben del vecino, Elmer Jackson.

Oeste

Carys

Davies

Traducción de
Lorenzo Luengo

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1436

Para C., G., B. y A.

Por lo que ella alcanzó a ver llevaba dos pistolas, un hacha de mano, un cuchillo, su manta enrollada, aquel enorme cofre de latón, diversos bultos y bolsas, una de las cuales, supuso, contenía las cosas de su madre.

—¿Te vas muy lejos?

—Eso depende.

—¿De dónde estén?

—Sí.

—¿Muy lejos, entonces? ¿Mil kilómetros? ¿Más de mil kilómetros?

—Más de mil kilómetros, diría yo, Bess, sí.

La hija de Bellman jugueteaba con un hilo suelto que colgaba de la manta, la cual, hasta aquella mañana, había cubierto la cama de su padre. Levantó la vista hacia él:

—Y luego para volver igual.

—Para volver igual, sí.

La niña se quedó inmóvil un momento, y por su aire entre serio y reconcentrado parecía tratar de imaginar lo que suponía un viaje de tamaña magnitud:

—Es todo un viaje.

—Sí que lo es.

—Pero si los encuentras valdrá la pena.

—Diría que sí, Bess. Sí.

Vio que Bess observaba sus bultos y sus bolsas y el enorme cofre de latón, y se preguntó si no estaría pensando en las cosas de Elsie. No había sido su intención que le viese guardándolas.

La niña trazaba un círculo con la puntera de su bota en el suelo enlodado:

—Entonces ¿cuánto tiempo estarás fuera? ¿Un mes? ¿Más de un mes?

Bellman sacudió la cabeza y la tomó de la mano:

—Oh, Bess, sí, más de un mes. Por lo menos un año. Quizá dos.

Bess asintió. Le escocían los ojos. Eso era mucho más de lo que había esperado, mucho más de lo que hubiera querido.

—En dos años tendré doce.

—Doce, sí.

La levantó en vilo y le dio un beso en la frente y le dijo adiós y en un abrir y cerrar de ojos estaba en la grupa del caballo, envuelto en su abrigo de lana marrón y tocado con su sombrero de copa negro, y enseguida descendió por el camino de piedra que se perdía más allá de la casa, alejándose ya en dirección oeste.

—No dejes de mirar, Bess, la sombra de tu padre, que allá se aleja —dijo su tía Julie desde el porche, con una voz tan alta que parecía una arenga—. Observa bien, Bess, a ese individuo, ese idiota, mi hermano John Cyrus Bellman, pues no verán tus ojos mayor necio que él. A partir de hoy lo cuento en el número de los dementes y de los perdidos. No esperes volver a verlo, y no levantes la mano para despedirlo, eso sólo servirá para envalentonarlo y hacer que piense que se ha ganado tus buenos deseos. Vamos, niña, entra, cierra la puerta, y olvídalo.

Bess se quedó allí un buen rato, sin hacer caso a las palabras de su tía Julie, observando a su padre cabalgar en la distancia.

En su opinión, John Cyrus Bellman no parecía ningún idiota.

En su opinión, parecía grandioso, resuelto, valeroso. En su opinión parecía inteligente y romántico y audaz. Parecía un hombre embarcado en una misión personal que lo hacía diferente del resto del mundo, y Bess decidió que, mientras su ausencia se prolongase, guardaría esa imagen que de él tenía en la mente: allá en lo alto de su caballo, con sus bolsas y sus bultos y sus armas, allá enfundado en su largo abrigo y tocado con su chistera,

perdiéndose rumbo hacia el oeste.

No tenía la menor duda de que lo vería de nuevo.

John Cyrus Bellman era un hombre alto, robusto, pelirrojo, de treinta y cinco años, con manos y pies enormes y barba rubicunda, que se ganaba la vida criando mulas.

Tenía una educación, hasta cierto punto.

Sabía escribir, aunque no siempre era capaz de poner las letras en su sitio. Leía despacio pero bastante bien, y había enseñado a hacer lo propio a Bess.

Algo sabía de las estrellas, lo que era muy útil cuando le tocaba reconocer su lugar en el mundo una noche cualquiera. Y por si alguna vez no bastaba con lo que sabía, recientemente había adquirido una brújula pequeña pero, esperaba, fiable, que le mostró a Bess antes de partir: se trataba de un instrumento liso, del tamaño de una ciruela, engastado en un estuche de marfil pulido, que a su debido tiempo, prometió, apuntaría con aquella temblorosa aguja azul a su hogar.

La semana anterior, Bellman había cabalgado hasta la casa de su hermana Julie, y allí plantado, en el suelo que ella acababa de fregar, fue cambiando su peso de un enorme pie al otro mientras su hermana, sentada a la mesa, desplumaba una gallina:

—Me marchó, Julie —dijo, con una voz tan fuerte y nítida como fue capaz de articular—. Te agradecería que te ocupases de Bess un tiempo.

Julie permaneció en silencio mientras Bellman echaba mano al interior de su abrigo y sacaba del bolsillo de su camisa un recorte de periódico bien

doblado, lo alisaba y lo leía en voz alta, explicándole a su hermana qué era lo que pretendía hacer.

Ella lo miró un momento, y luego volvió la gallina vientre arriba y siguió atareada en desplumarla, como si lo más sensato ahora fuera fingir que su enorme hermano de cabellos rojos no había pronunciado palabra.

Bellman dijo que intentaría estar de vuelta en un año.

—¿Un año?

La voz de Julie, aguda y estrangulada: como si algo se le hubiera ido por mal sitio y la estuviera ahogando.

Bellman se miró las botas:

—Bueno, posiblemente algo más de un año... pero no más de dos. Y tú y Bess tendréis la casa y el ganado, y dejaré aquí el reloj y el anillo de oro de Elsie por si alguna vez os veis en apuros y necesitáis dinero, y seguro que Elmer os echará una mano con cualquier trabajo pesado que haga falta sólo con que le pongáis una taza de café y una cena caliente de vez en cuando. — Bellman tomó aire—. Oh, Julie, por favor. Échame una mano. El camino es largo, y el viaje será lento y difícil.

Julie la emprendió con otra gallina.

Se alzó entre ambos un revuelo de plumas de color blanco y bronce, formando una agitada nube. Bellman estornudó varias veces sin que Julie murmurase un simple: «Jesús, Cy».

—Por favor, Julie, te lo ruego.

—No.

Era una aventura de locos, dijo.

Debía hacer algo práctico con su vida, como ir a la iglesia o buscarse una nueva esposa.

Bellman dijo que gracias pero que no le interesaba ninguna de esas dos cosas.

La noche anterior a su partida Bellman se sentó ante una mesa cuadrada de pino, en la modesta casa que él mismo había construido, para beber un café con su vecino Elmer Jackson, quien a veces le echaba una mano en sus propiedades.

A las diez llegó Julie, con su Biblia y su paraguas y aquel bolsito negro de viaje que tiempo atrás la había acompañado a ella, a Bellman y a la esposa de Bellman, Elsie, en su viaje desde Inglaterra a través del Atlántico.

Bellman no había terminado de guardar sus cosas, pero ya tenía puesto su abrigo de lana marrón y su bolsón de cuero colgaba de una larga correa de hebilla que le cruzaba el pecho. Un sombrero de copa nuevo, de color negro, aguardaba en la mesa junto a sus manos enormes, crispadas.

—Gracias por venir, Julie —dijo—. Te estoy muy agradecido.

Julie respondió con desdén:

—Veo que sigues teniendo intención de irte.

—Así es, sí.

—¿Y dónde está tu pobre niñita, y futura huérfana?

Bess, dijo Bellman, dormía en su cama, en la esquina que quedaba tras la cortina.

Le preguntó a Julie si quería café y Julie dijo que quizá no le vendría mal una taza.

—Le estaba hablando a Elmer, Julie, acerca del itinerario que planeo

seguir.

Julie dijo que le daba igual su itinerario. Julie preguntó por qué siempre a los hombres les parecía interesante discutir direcciones y el mejor camino a tomar para llegar de A a B. Apoyó el paraguas contra la pared, dejó la Biblia sobre la mesa y se sentó ante su café, sacó una media de su bolso negro de viaje y comenzó a zurcirla.

Inclinándose, Bellman se acercó un poco más a su vecino.

—Como ves, Elmer, he estado examinando algunos mapas. No es que haya muchos, pero uno o dos sí hay. En esa biblioteca de pago que tienen en Lewistown hay uno antiguo, hecho por alguien llamado Nicholas King, y otro, no tan viejo, del señor David Thompson, de la Compañía Británica del Noroeste, pero ambos están llenos de huecos, espacios vacíos y signos de interrogación. Así que he llegado a la conclusión de que es mejor hacer caso a los diarios de la expedición del viejo presidente, la que emprendieron los dos célebres capitanes: sus diarios están llenos de esbozos y puntitos que señalan el mejor camino a seguir entre la maraña de ríos del oeste y también el sendero que atraviesa las montañas Pedregosas hasta el océano Pacífico, si no me queda otra que proceder hasta allí.

Elmer Jackson lanzó un suave eructo. Apartó del café sus ojos acuosos, inyectados en sangre.

—¿Qué expedición? ¿Qué célebres capitanes?

—Oh, venga ya, Elmer. El capitán Lewis y el capitán Clark. Además de un enorme equipo de exploradores y cazadores. Hicieron todo el camino hasta el Pacífico por deseo del viejo presidente, ¿no te suena?

Elmer Jackson se encogió de hombros y dijo que quizá sí, que no estaba seguro.

—Pues lo hicieron, Elmer. Diez mil kilómetros, dos años y medio, ida y vuelta, y lo que pienso es que mi mejor opción pasa por seguir más o menos el camino que ellos tomaron, y luego circunvalarlo aquí y allá para explorar lo que ellos no exploraron, con la esperanza de encontrar un camino hacia lo que estoy buscando.

—¿Circunvalar?

Julie produjo con la lengua un chasquido irritado, y Jackson lanzó un

suave eructo por segunda vez. Bellman se frotó sus enormes manos. Tenía el rostro encendido por el entusiasmo y la emoción. Alargó un brazo para alcanzar el bote de pepinillos que había en el estante situado sobre la cabeza de Jackson.

—Imagina, Elmer, que este bote de pepinillos es esta casa, aquí, en Pensilvania.

Colocó el bote ante Jackson, en el borde derecho de la mesa.

—Y que por aquí, si no te importa, Elmer, que te coja un momento la taza de café, está la ciudad de San Luis.

Dispuso la taza de café de Jackson un poco a la izquierda del bote de pepinillos.

—Desde el lugar en el que nos encontramos ahora —dio un golpecito al bote de pepinillos— hasta San Luis —dio un golpecito a la taza de café— hay como unos mil kilómetros.

Elmer Jackson asintió.

—Y más o menos por aquí —los ojos acuosos e inyectados en sangre de Jackson siguieron las manos de Bellman, que tomaron su chistera nueva para colocarla en el borde izquierdo de la mesa— están las montañas Pedregosas, también conocidas como las Rocosas. Así que lo único que tengo que hacer es viajar hasta San Luis, una vez allí cruzar el río Misisipi, y después —paseó los dedos trazando un amplio arco que arrancaba en la taza de café y se curvaba hacia arriba, a lo largo del enorme espacio vacío que había en mitad de la mesa en dirección al sombrero— seguir el río Misuri, como hicieron los dos capitanes, hacia las montañas.

Elmer Jackson observó que, al lado de los mil kilómetros que se extendían entre el bote de pepinillos y la taza de café, el viaje por el curso del Misuri parecía bastante largo.

—Oh, sí que lo es, Elmer, vaya que sí. Muy muy largo. Calculo que más de tres mil kilómetros. Pero será todavía más largo, pues, como he dicho, voy a separarme del camino principal. Sí, eso haré. Durante mi avance me iré alejando bastante de él para poder explorar algunas de esas enormes áreas vacías en las que los dos capitanes no se internaron.

Jackson, cuyos cuarenta años de vida no habían supuesto hasta ahora sino

un viaje lento, serpenteante y a veces circular a través de una sucesión de molinos, fundiciones, fábricas de cerveza, aparte de un período como soldado, dejó escapar un largo silbido. Le dijo a Bellman que nunca le había considerado un aventurero:

—¿Y después del sombrero?

—Después del sombrero, Elmer, hay un camino no menos largo que desciende hasta el Pacífico, pero confío en no tener que llegar tan lejos. Confío en que, si no encuentro lo que busco cerca del río, entonces es que lo veré antes de llegar a las montañas —sus enormes manos recorrieron en un círculo la vasta expansión de la mesa—, en algún lugar de este extenso e ignoto territorio del interior.

Elmer Jackson se rascó el vientre y se sirvió otra taza del café de Bellman, y anunció que no se le ocurría una sola cosa en toda la maldita tierra que pudiera hacerle mover el culo ni medio paso.

Julie dijo que le agradecería a Elmer Jackson que no maldijera.

Julie dijo:

—¿No se te ha ocurrido pensar, Cy, que allí habrá salvajes?

Los salvajes que encontraría allí, dijo Julie, se abalanzarían sobre él en el mismo instante en que viesan su espléndida cabellera roja y su extraño y pesado corpachón avanzando hacia ellos por aquel páramo.

Bellman dijo que confiaba en que no.

Bellman dijo que, por lo que había leído acerca de los indios de aquellos pagos, éstos se daban por contentos si tenías un número suficiente de objetos manufacturados que pudieran resultarles útiles y un puñado de baratijas que regalarles, y que él iba a llevar consigo un buen montón de esas cosas.

Jackson levantó una velluda ceja y dijo que ya se había topado allí, en Estados Unidos, con todos los indios que esperaba ver en su vida y que no había nada que pudiera tentarlo tanto como para lanzarse a vérselas con todos esos cuerpos semidesnudos y esas caras grotescamente pintarrajeadas.

Bellman asintió. Sonrió a su manera cordial y dio unas palmaditas en el mango de su cuchillo y en el cañón del rifle que apoyaba contra la mesa, apuntando hacia arriba.

—Estaré bien, Elmer. No te preocupes.

Julie apretó los labios, sacudió la media contra su regazo y dijo que no entendía por qué alguien querría viajar casi cinco mil kilómetros en dirección contraria a su hogar y a su iglesia y a una hija sin madre.

—Ningún buen padre, Cy, abandonaría a una hija, carne de su carne y sangre de su sangre, por tamaña locura.

Elmer Jackson lanzó una risita. Parecía que aquellos dimes y diretes entre hermano y hermana le resultaban un buen entretenimiento.

Bellman dejó escapar una larga bocanada de aire.

—Oh, Julie...

—No me vengas con tus «Oh Julie», Cyrus.

Bellman suspiró. Había en él cierto aire de desvalimiento.

—Debo ir. Debo ir y ver. Eso es todo cuanto puedo decirte. Tengo que hacerlo. No sé qué más decir.

—Podrías decir que no vas.

Desde el otro lado de la mesa, Bellman adelantó hacia su hermana una de esas manos enormes que casi parecían zarpas. Con calma, se diría que con reverencia, y una suerte de asombro infantil, dijo:

—Si están allí, Julie, seré yo entonces quien regrese con noticias de su existencia. ¿No te parece maravilloso?

Julie rio:

—Lo que me parecería maravilloso, Cy, es que nos dejases a Bess y a mí algo más que un viejo reloj y un anillo de oro y todos estos patéticos animales: un viejo semental y una terna de yeguas exangües, un puñado de burros y burras, algunos mulos sin vender y una mula de muy mal carácter.

Elmer Jackson bebió el último sorbo de su café y se levantó, sonriendo de oreja a oreja. Se limpió la mano contra el vientre y se estiró y anunció que ya se le empezaba a hacer tarde para dormir. Al salir, propinó a Bellman una palmada en el hombro y le dijo a Julie que, si alguna vez necesitaba ayuda con las mulas, no tenía más que pegarle una voz.

Cuando llegó la mañana Bellman ya estaba organizando las bolsas y bultos que llevaría consigo, arrodillado en un porche que parecía algo hundido y

tenía bastantes refuerzos.

¿Por qué, preguntó Bess, llevaba una blusa de su madre?

La blusa de Elsie, a rayas blancas y rosas, descansaba en las enormes manos de Bellman, que se estaba preguntando en qué bolsa meterla.

—Por la misma razón, Bess, por la que me llevo su dedal y sus agujas de tejer.

—¿Y qué razón es ésa?

Bellman vaciló un momento. Se miró las manos:

—Porque ella ya no las necesita y yo sí.

Habló entonces a Bess de los indios, de los orgullosos que según había oído se sentían, tanto los hombres como las mujeres, al poseer aquellas bonitas prendas y aquellos útiles objetos de metal. A alguno podía atraerle la blusa de su madre, a otros sus largas agujas de tejer y su dedal de cobre. A cambio le darían toda suerte de cosas que le serían necesarias durante su viaje.

—¿Qué clase de cosas?

Bellman se encogió de hombros.

—Comida. Quizá un caballo nuevo, si necesito uno. Explicaciones acerca de cómo hacer algunas cosas y qué camino es mejor tomar.

Bess le miró muy seria y asintió.

—¿Así que podrían decirte dónde buscar?

—Exacto.

Le mostró entonces un cofre de latón repleto de dedales que pensaba llevarse junto con otras cosas pertenecientes a la madre de Bess. Bess se asomó al interior y vio que había un montón de botones, abalorios y campanitas, algunos anzuelos y algo de tabaco y trozos de cinta y restos de cables de acero y un montón de pañuelos, unos cuantos recortes de tela de color y pequeños fragmentos de un espejo.

Bess dijo que esperaba que a los indios les gustase todo aquello y Bellman dijo que él también lo esperaba.

Le escribiría, dijo Bellman, y cuando le fuera posible daría las cartas a viajeros y comerciantes que marcharan de camino al este para que las llevaran a lugares como St. Louis o St. Charles y las enviaran desde allí.

—Mira, hasta tengo un pequeño tintero engastado en un remache por dentro de la solapa de mi abrigo. Ni siquiera tendré que detenerme cuando quiera escribirte una carta: puedo escribirte desde mi silla, mientras cabalgo.

Aquello había prendido una chispa en su interior.

Estuvo medio día sentado sin moverse.

Lo leyó decenas de veces.

Cuando Bess llegó del jardín con ganas de charlar y jugar, le dijo que se marchara, que estaba ocupado.

Cuando cayó la oscuridad encendió la lámpara y lo leyó otra vez. Agarró una navaja y lo cortó siguiendo los bordes y lo dobló en cuatro partes y lo guardó en el bolsillo de su camisa, cerca de su corazón. Sintió que su respiración era diferente. Ya no podía permanecer inmóvil. Paseó por la habitación y cada media hora sacaba el papel doblado del bolsillo de su camisa y lo alisaba sobre la superficie de la mesa y lo volvía a leer: no había ilustraciones, pero en su mente aquello se asemejaba a una iglesia en ruinas, a un naufragio de piedra. Los monstruosos huesos, los prodigiosos colmillos que habían quedado al descubierto, hundidos en el lodo salino de Kentucky. Dientes del tamaño de calabazas, omóplatos de un metro de ancho, mandíbulas que hacían pensar en la existencia de una cabeza tan larga como un hombre de buena estatura. Era una criatura totalmente desconocida. Un *animal incognitum*. Imaginaba gente asomando para admirar tan gigantescos restos y preguntándose qué habría ocurrido con las enormes bestias a las que habían pertenecido aquellos huesos. Si no caminarían aún por el mundo unos monstruos ciclópeos, en los territorios inexplorados del oeste.

Sólo pensar en ello le producía una especie de vértigo.

Durante meses no pensó en otra cosa. Cuando Bess se acercaba a preguntarle si quería jugar a las damas o ir a dar un paseo para acariciar a la nueva mula que tenía una mancha blanca en la cara, decía que no. Durante varias semanas pasó la mayor parte de los días en la cama. Cuando conseguía ponerse en pie trabajaba como un autómatas en el jardín y llevaba a pastar a los animales, y cuando nacieron las nuevas mulas se limitó a ir a la ciudad a venderlas. Cuando una tormenta invernal arrancó de cuajo la mitad del techo, lo reparó. Cocinaba, y de vez en cuando hacía limpieza y se aseguraba de que Bess tuviera puestos sus zapatos, pero la mayor parte del tiempo guardaba silencio y en ocasiones sus ojos adquirían un lustre vidrioso y no permitía siquiera que Bess se le acercase. Aquellas bestias gigantes cruzaban sus pensamientos como lo hacían las enormes nubes que, similares a monstruos, veía desde el jardín trasero cuando levantaba la cabeza hacia el cielo. Si cerraba los ojos, aquellas mismas bestias se desplazaban lentamente, silenciosamente, como a través de un medio líquido, en la oscuridad de sus párpados: caminaban sin rumbo, en paisajes que continuamente su imaginación conjuraba para luego desvanecerse en la negrura que había más allá de ella, allí donde no podía atraparlas, dejando tan sólo en su mente la idea de que estaban vivas y reinaban en tierras desconocidas, en algún espacio salvaje poblado de ríos y árboles y llanuras y montañas en el lejano oeste de Estados Unidos, y que estaban allí para que las mirase con sus propios ojos, si es que podía llegar a ese lugar y encontrarlas.

No había palabras para explicar la sensación de que aquellos animales gigantes, de una forma u otra, eran muy importantes para él, sólo ese punzante hormigueo que casi se parecía a la náusea y el convencimiento de que ahora le resultaría imposible quedarse donde estaba.

Antes de que concluyese el verano acudió a casa de su hermana:

—Lo único que puedo decirte, Julie, es que me resultan muy reales. Lo único que puedo decirte es que sólo hay una cosa en la vida que quiero hacer ahora mismo y es ir allí, al oeste, y encontrarlos.

Desde Lewistown, Bellman siguió avanzando por diversas ciudades y poblados que, pese a conformar un camino arduo e intransitable en sus buenos trechos, poco a poco le fueron acercando más y más al oeste. Cuando podía, pagaba una cama y comida y a veces un baño, pero la mayor parte del tiempo pescaba y cazaba y recogía fruta y dormía al raso bajo su manta. Al llegar a las empinadas ondulaciones de los montes de Allegheny hizo lo posible por orientarse con ayuda de su brújula y la posición del sol, y si bien se perdió unas cuantas veces en aquellas colinas sin caminos abiertos y por los estrechos pasajes que conducían hasta los árboles y después a ninguna parte, allí estaba ahora, cruzando el Misisipi desde la orilla este hasta la oeste en un transbordador, que no era sino una pequeña canoa que recibía el nombre de piragua. Tanto su caballo como su equipación hicieron el paso en dos piraguas unidas entre sí mediante una plancha de madera clavada en la parte superior. Aquel conglomerado dio un par de botes al atracar y luego se quedó inmóvil.

Bellman sentía un poco de miedo.

La razón por la cual había decidido comprar una chistera negra en el Carter's de Lewistown en lugar de utilizar su viejo sombrero de fieltro marrón era porque pensaba que aquello, una vez rebasada la frontera, le daría entre los nativos un aspecto más imponente; que lo considerarían, si no un rey o una especie de dios, sí al menos alguien lo bastante poderoso como para

hacerles daño.

Y dado que iban pasando los meses y Bellman, siguiendo el curso del Misisipi en su sinuoso avance hacia el norte y el oeste, se iba encontrando con algunos grupos de indios con los que negociaba sin verse en problemas, llegó a pensar que el sombrero había sido una buena elección y hasta a considerarlo una especie de talismán contra el peligro.

En St. Louis se detuvo medio día y compró dos teteras, una para su uso personal y otra para negociar, además de pañuelos y telas y hebillas y abalorios, todos ellos también para negociar, y con cada nuevo grupo cambiaba sus chucherías por cosas para comer. Después trazaba en el suelo un dibujo de cómo imaginaba que serían las grandes bestias, e intentaba dar una idea del descomunal tamaño de aquellos animales señalando las copas de los árboles, ya fueran pinos o abetos o álamos o lo que tuviera cerca, pero los nativos siempre le miraban con una cara que le hacía comprender que no, que no habían visto nada como esas cosas que andaba buscando.

Bellman asentía. Era lo que esperaba: que no había llegado aún lo bastante lejos; que tendría que adentrarse mucho más en territorio salvaje.

Avanzaba por tierra, lentamente, no muy lejos del río para no extraviarse pero sí lo bastante como para poder hacer alguna que otra batida por los bosquecillos o las regiones más pobladas de árboles o para explorar el campo abierto o remontar por su orilla el cauce de algunos pequeños arroyos y riachuelos.

A veces ataba el caballo donde más espeso era el bosque, y durante el día seguía el camino a pie, escalando rocas y descendiendo barrancos, chapoteando en el lodo y el agua, para regresar exhausto ya caída la tarde.

Cada pocas semanas se desviaba hacia el río con la esperanza de poder subir a una de las barcasas o chalanas que, usadas por los comerciantes, hacían su lento y arduo trayecto corriente arriba, y en una o dos ocasiones tuvo suerte.

Fiel a su palabra, Bellman escribía a Bess desde su montura, mojando la pluma en la tinta del recipiente metálico que llevaba en la solapa de su

abrigo. También le escribía a bordo de esas embarcaciones de fondo plano que de cuando en cuando conseguía que le llevaran, o por las tardes frente al fuego, antes de envolverse en su pesado abrigo marrón y su manta y calarse el sombrero hasta los ojos y echarse a dormir.

En el transcurso de los primeros mil ochocientos kilómetros de viaje escribió unas treinta cartas a su hija y, divididas en cuatro pequeños paquetes, las dejó a cargo de gente que encontró marchando en dirección opuesta: un soldado, un fraile español, un administrador de fincas holandés y su esposa, el práctico de una chalana con la que se cruzó y que avanzaba corriente abajo.

Pasaron las semanas y Bellman disparó contra chorlitos y patos y ardillas y codornices.

Pescó y recogió fruta y comió bastante bien.

Estaba lleno de esperanza y buen ánimo, y hubo ocasiones durante su marcha en que no podía evitar exclamar, ya fuera en el agua o entre los árboles: «¡Qué bonito es esto!».

Llegó el invierno, y fue más duro de lo que había imaginado.

Largos repechos del río se habían congelado, y Bellman confiaba en ver alguno de esos barcos de fondo plano viajando a contracorriente, abriendo a golpe de pértiga un paso entre el hielo, pero no apareció ninguno.

Se encontró con un pequeño grupo de indios, cuatro hombres y una mujer y una niña, que le dieron un poco de pescado seco y una bolsa de maíz mezclado con azúcar a cambio de una lima de metal, pero eso fue todo. Los numerosos grupos de nativos con los que anteriormente se había topado parecían haberse desvanecido.

Los días eran muy oscuros. Tenía frío y estaba calado hasta los huesos; la gélida lluvia goteaba por el interior de sus empapadas ropas. Su enorme y empapado abrigo pesaba como un hombre y hubo ocasiones en que se preguntó si no estaría mejor sin él. Cada pocas horas lo escurría y el agua regaba el suelo como lo hacía la bomba de mano que tenía en casa, a raudales.

Después, la nieve revistió cada cosa en espesos montones, coronados por una sólida corteza de hielo. Bellman avanzaba como un borracho, hundiendo los pies y a veces cayéndose, y al caballo no le iba mejor, ambos estaban muy

débiles y temblorosos.

Tenía unas cuantas chuletas de cerdo y algo del pescado seco de los indios, la bolsa de maíz de la que picaba un único pedacito cada vez. De tarde en tarde conseguía que un huesudo conejo cayese en alguna de sus trampas, pero la mayoría de los animales parecía haber desaparecido. Muy pronto sus cenas se redujeron a un engrudo de hojas o un amargo caldo de hierba arrancada de la nieve. Roía los helados bulbos de las plantas y las ramitas y la corteza de los árboles, y su caballo hacía lo mismo. Sentía el vientre tensado por un dolor agudo, las encías se le habían ablandado y empezaban a sangrarle. Dormía en cuevas y en el hueco de los árboles y bajo ramas apiladas. Cada día esperaba ver morir a su caballo.

En una ocasión creyó ver a lo lejos un grupo de individuos a caballo, unos cincuenta o sesenta, cabalgando a través de la nieve. Parecían ir aprisa, en un trote suelto y rápido, como si conocieran alguna manera oculta de cruzar aquel lugar que a él se le escapaba.

—¡Esperad! —les gritó, pero su voz brotó como un carraspeo, un áspero ruidillo que murió en brazos del viento, y los jinetes prosiguieron su avance en aquella crepuscular blancura hasta que ésta los cubrió como un velo y por fin desaparecieron.

Durante una semana permaneció en su refugio sin moverse de allí. Todo estaba helado, y cuando ya no pudo conservar el fuego quemó su último pescado porque consideraba que era mejor pasar hambre que pasar frío.

Y entonces una noche escuchó el hielo levantarse y crujir en el río, y por la mañana unas brillantes cuentas de nieve fundida gotearon desde las livianas ramas de los pinos hasta su agrietado y encallecido rostro, hasta su nariz ennegrecida.

Más tarde, aquel mismo día, pescó un pececillo.

Las moras comenzaron a aparecer en árboles y arbustos.

El invierno terminó y la primavera llegó y Bellman siguió hacia el oeste.

A través del grueso tejido de la cortina que había frente a su cama, Bess no fue capaz de ver cómo su padre describía a Elmer Jackson y a su tía Julie la ruta que planeaba seguir para adentrarse en territorio salvaje.

Aun así permaneció allí tendida con los ojos abiertos, escuchándole hablar desde el otro lado de la ordinaria y medio iluminada trama de la cortina, tratando de imaginarse los cientos y cientos y cientos de kilómetros y todas las dificultades y peligros y emociones, los increíbles descubrimientos y las nuevas cosas con las que su padre se encontraría entre el lugar en el que ella estaba ahora y aquel al que él se dirigiría.

Un mes más tarde Bess le preguntó a su tía Julie si podían ir a la biblioteca para leer los enormes diarios de la expedición del presidente y ver el camino hacia el oeste que había tomado su padre, pero tía Julie se limitó a mirarla con una suerte de irritada sorpresa.

—¿Y cuándo, niña —quiso saber la hermana de Bellman—, crees que tendré tiempo para sentarme en una biblioteca?

Bellman acampó en la orilla del río Misuri. Los árboles tenían un espeso follaje, y había por todas partes hierba crecida y flores, púrpuras, amarillas, blancas. Cuando despertó una mañana vio a su lado a un hombre de elevada estatura y facciones angulosas, tocado con un gorro de piel de castor, que le preguntó:

—¿Qué le trae tan lejos de casa? ¿Placer o negocios?

Bellman sacó el recorte de periódico que, mucho más desgastado que antes, llevaba en un bolsillo de su abrigo de lana marrón, y habló al hombre del gorro de piel de castor acerca de aquellos huesos colosales que habían sido desenterrados en Kentucky. Huesos, explicó, de un color pálido, desteñidos, descomunales, similares a una flota naufragada o a la destartada crucería del techo de una iglesia. Huesos pertenecientes a criaturas formidables que muy posiblemente aún existían más allá de Estados Unidos y todavía hoy vagaban por las praderas y los bosques o por la falda de las colinas de las grandes montañas del oeste.

El hombre, que se llamaba Devereux, alzó sus cejas oscuras y agudas en un gesto divertido:

—¿En serio? —preguntó, sonriendo.

—Sí, señor —contestó Bellman—. Así lo creo.

Devereux no pudo evitar reír. Sacudía la cabeza, dejando escapar una risita entre dientes, porque se había pasado veintinueve años comerciando

con pieles por aquellos pagos y en todo ese tiempo, dijo, nunca había visto nada más grande que un búfalo.

Bellman asintió educadamente y observó que hasta las criaturas de mayor tamaño tienden a ser tímidas, y que casi todas las formas de vida salvaje consideran más razonable permanecer ocultas en los árboles o en los arbustos que ir por ahí mostrándose abiertamente.

Devereux rio también al oír aquello: en su mente imaginaba a esos enormes monstruos tratando de esconderse detrás de una roca o un enjuto pino.

Dio unos golpecitos a Bellman en la rodilla con el extremo de su pipa:

—Créame, señor, está haciendo todo este viaje para nada. Es de locos. Lo que yo le recomendaría ahora que ha llegado hasta aquí es que dé media vuelta y regrese a casa.

Se habían sentado sobre dos tocones frente a la casucha del vendedor de pieles. Eligiendo entre los productos que se hallaban repartidos sobre dos toscos estantes en el interior de la casa, Bellman había comprado tabaco y un par de botas nuevas, una caja de pólvora y munición, y una bolsa de harina.

Bellman sabía que el vendedor de pieles lo consideraba un idiota redomado. No le importaba. Desde que abandonó Pensilvania había conocido a mucha gente que pensaba lo mismo.

El vendedor de pieles reía de nuevo y hablaba ahora de la expedición del presidente, que había pasado por aquel mismo lugar hacía más de doce años. Se reía y decía que, si aquellos enormes monstruos realmente andaban por ahí, cabía pensar que los dos intrépidos capitanes y sus hombres los habrían tenido que ver:

—En un viaje tan largo es lógico pensar que al menos deberían haber visto algo. Sería difícil pasar por alto unas bestias tan grandes...

Bellman sacudió la cabeza. Esbozó una cálida sonrisa y se subió el cuello del abrigo hasta su poblada barba roja y se frotó sus enormes manos en el gélido aire de la mañana. Ignoraba qué habían visto los hombres del presidente. Tampoco era capaz de explicar por qué se sentía tan seguro de que los monstruos estaban allí. Lo único que podía decir era que lo que había leído en el periódico le había producido un furioso palpitar en el pecho, una

especie de picazón en el borde de su ser, y que ahora no había nada que ansiase más que ver con sus propios ojos a aquellas enormes criaturas.

Devereux ladeó la cabeza. Observaba el rostro de Bellman a la luz del alba y parecía lamentar haberse burlado de él. Le dio un suave golpecito en el pecho con el puño para mostrarle que sólo trataba de tomarle el pelo.

—¡Siga adelante, señor! —dijo en voz alta con una amplia sonrisa, barriendo el horizonte en dirección oeste con un gesto alentador—. ¿Qué voy yo a saber? ¿Quién soy yo para decir lo que puede haber allí?

Propinó a Bellman otro golpecito y comentó que no le vendría mal hacerse con una piragua y con un indio propio para superar las cataratas y en general ayudarse a atravesar el río, que era una horrible extensión de agua al menos en los siguientes quinientos kilómetros. Cuando no era manso y poco profundo y no estaba cubierto de troncos y bancos de arena, era bravo y agitado y podría sacarle de la piragua tan pronto como acelerase su curso aunque sólo fuera un metro en la dirección a la que quisiera ir. Si pagaba bien, dijo el vendedor de pieles, podría conseguirle un indio y un segundo caballo.

De hecho, él tenía a la persona adecuada, dijo. Se trataba de un muchacho de la tribu de los *shawnee*, de hombros estrechos y poco agraciado, que llevaba el poco prometedor nombre de Anciana de Allá Lejos.

Llegó el invierno, después la primavera.

Durante mucho tiempo no hubo nada excepto nieve pero luego el verdor comenzó a brotar en los árboles desnudos y los pájaros iniciaron el regreso. Elmer Jackson arregló la valla de la parte sur de las tierras y reparó el gallinero. Cambió cuatro planchas de madera del porche y despejó una nueva zona de pastos situada a cierta distancia de la casa, para lo cual tuvo que talar y retirar las piedras del suelo. Tía Julie limpió las cuatro ventanitas cuadradas con vinagre, refregó y pulió la mesa de pino, y la desplazó hasta su nuevo lugar en el extremo opuesto de la sala.

Bess esperaba las cartas de su padre pero no llegaron.

Ayudaba a su tía con las mulas y los domingos recorría junto a su amigo Sidney Lott la hora y media que se tardaba en llegar a la iglesia, ambos charlando y demorando sus pasos tras los padres y hermanas de Sidney y la tía de Bess, Julie. Bess hablaba a menudo de la ausencia de su padre, de su largo viaje a lo desconocido.

Sentía placer y alivio al contarle a Sidney las mismas cosas una y otra vez, y a Sidney aquello no parecía importarle. Parecía que le alegraba preguntarle siempre lo mismo y escucharle a Bess responder lo mismo de siempre.

¿Cuántas pistolas se llevó?

Dos.

¿Cuántos cuchillos?

Uno, creo.

¿Llevaba alguna otra arma?

Sí, al menos un hacha, que yo sepa.

¿Tenía algún mapa?

No. Pero estuvo estudiando uno en la biblioteca de pago que hay en Lewistown antes de marcharse.

Habló a Sidney de las enormes distancias que su padre estaría recorriendo ahora a través de ríos y sin duda también praderas y probablemente montañas. Le habló asimismo de los artículos de costura, los retales ornamentales y los diversos objetos que había llevado consigo y que resultarían atractivos a los indios con los que se encontraría a lo largo y ancho de sus viajes. Con aquellas chucherías, decía Bess dándose importancia, su padre podría obtener lo que necesitara en su avance por aquellos territorios.

—Se ha llevado la blusa de mi madre —dijo— porque es una prenda muy bonita y podrá cambiarla por un montón de cosas. También se ha llevado su dedal, que está hecho de cobre y tiene grabadas alrededor unas flores y es precioso, y sus agujas de tejer, que son muy largas y afiladas y están hechas de hierro, así que se puede decir que son muy valiosas y que merece la pena tenerlas.

Los dos niños mantuvieron muchas veces esta misma conversación, prácticamente cada domingo a lo largo de varios meses.

Bess hablaba, y Sidney asentía y contribuía a la charla con alguna que otra pregunta, hasta que un domingo por la mañana Sidney soltó que el padre de Bess era un idiota redomado y que nunca encontraría lo que estaba buscando.

Sidney dijo que no conocía una sola persona en el condado de Mifflin que creyera que John Bellman llevaría a buen término su misión, o que al menos confiara en volver a verle.

Por lo que había escuchado, dijo Sidney, el padre de Bess tendría suerte si

lograba dejar atrás San Luis sin que le asesinaran y le rebanaran la cabellera los furiosos indios, a quienes ya les gustaría poner sus manos en tan inusuales cabellos y en llevárselos, chorreando sangre, hasta sus destartadas tiendas.

Los ojos de Bess se llenaron de lágrimas. Gritó a Sidney Lott:

—No sabes nada. No tienes ni la menor idea. Tú espera. Espera y verás.

Después de aquello Bess no le volvió a dirigir la palabra a Sidney y los domingos caminaba sola hasta la iglesia, a mucha distancia de los Lott y de su tía Julie.

Los rumores acerca de Cy Bellman habían empezado a circular tan pronto éste visitó la biblioteca e insinuó la naturaleza de sus planes al nuevo bibliotecario. Cuando se supo que era cierto que se había marchado, todo el mundo habló de su insólita búsqueda y todo el mundo coincidió en que estaba trastornado; de hecho, la mayor parte de la gente aceptaba el punto de vista del pastor según el cual era muy probable que los huesos de Kentucky acabaran por demostrar que no eran huesos sino viejos troncos de árboles y esquirlas de rocas, si bien otros eran de la opinión de que, aun cuando esos monstruos realmente existieran, lo cierto es que no tenía el menor sentido arriesgar la vida para comprobarlo.

¿Acaso Julie no lo había visto venir? Helen Lott tenía interés en saberlo. ¿Le había tomado aquello por sorpresa? ¿Alguna vez había imaginado que Cy llegaría a hacer tal cosa?

Cy, dijo Julie, se había estado comportando de un modo verdaderamente extraño muchos meses antes de su partida: o bien se mostraba silencioso y taciturno y perdido en sus pensamientos, o bien nervioso e incansablemente charlatán, casi presa del vértigo. Pero ni siquiera entonces se lo hubiera esperado. Había sabido de sus indagaciones en la biblioteca, le habían llegado algunos rumores y cotilleos, pero Cy no había sacado el tema a relucir y ella prefería guardar silencio, convencida de que toda aquella historia iría olvidándose con el paso del tiempo hasta quedar en nada. Hubiera bastado el roce de una pluma para tumbarla el día en que Cy le soltó en la cocina lo que planeaba hacer.

Helen Lott asintió. Había visto un comportamiento similar, dijo, en otros hombres de la edad de Cy.

—Sienten una especie de insatisfacción infantil hacia todo cuanto tienen, Julie, que se manifiesta al acercarse a los cuarenta años. Les hace pensar que merecen mucho más de lo que la vida les ha otorgado. Por mi experiencia diría que muchos de ellos se van con otras mujeres, o se compran un nuevo caballo o un bonito sombrero.

Cy, dijo Julie, nunca había mostrado interés en otras mujeres aparte de Elsie.

—Pero sí se compró un sombrero nuevo, en el Carter's de Lewistown, antes de partir. Una de esas cosas absurdamente altas y hechas de laca negra que llevan en la ciudad.

Helen Lott asintió con astucia y satisfacción, como alguien que lo supiera todo acerca de todo.

Juntas, las dos mujeres enfilaron sus pasos hacia la iglesia.

Anciana de Allá Lejos tenía diecisiete años.

No le gustaba mucho su nombre pero ése era el que le habían puesto y de momento era suyo y tendría que aguantarse hasta que tuviera otro.

Al final no hubo batalla alguna. Al final cedieron, se rindieron y acordaron llevarse lo que se les había ofrecido y desplazarse al oeste.

Como una nube oscura, empequeñecida, habían marchado al oeste por territorios muy distantes de los que habían sido suyos, y un día sacaron de sus fardos todo cuanto les habían entregado para que se marcharan y descubrieron que les habían dado la mitad de lo que les fue prometido.

Todo estaba escrito en el acuerdo, junto a las cantidades listadas al lado de cada artículo, pero incluso antes de reunirse con el comerciante inglés, el señor Hollinghurst, y que éste les explicara lo que habían firmado, el pueblo al que pertenecía el muchacho supo que lo que les había prometido el representante del gobierno y lo que aparecía escrito en el papel no coincidía con lo que les había sido entregado.

Sólo por el tamaño de los fardos uno podía ver que, de todo cuanto les habían prometido, les habían dado menos de la mitad.

La mitad del dinero, la mitad de telas rojas, la mitad de pañuelos, la mitad de pistolas, la mitad de pólvora, la mitad de camisas con volantes, la mitad de chaquetas azules, la mitad del ron, la mitad del tabaco, la mitad de abalorios blancos, la mitad de abalorios rojos, la mitad de abalorios azules, la mitad de

teteras, la mitad de espejos, y así una vez y otra vez y otra vez.

Anciana de Allá Lejos recordaba que, acostado pero totalmente desvelado, escuchaba a los hombres discutir acerca de lo que debían hacer. Había quien hablaba de regresar y reclamar el resto de las cosas que les habían prometido. Un hombre muy anciano dijo entonces que no debían llevarse nada de lo que habían recibido: ni una camisa, ni un pañuelo, ni un abalorio. Dijo que si entregaban sus tierras a cambio de chucherías, todo el pueblo perecería.

Profetizó que llegaría un tiempo en que serían conscientes de que toda la tierra les había sido arrebatada bajo las plantas de sus pies, que una mañana despertarían al amanecer y descubrirían que los bosques y las montañas, los ríos y la vasta extensión de las praderas, habían sido arrancados de sus manos como el agua se pierde entre los dedos, y lo único que podrían mostrar del negocio que habían hecho serían algunas joyas sin valor, unas viejas ropas y unas cuantas pistolas averiadas. Entenderían que todo cuanto habían entregado a cambio —sus perros y sus pieles, sus pescados majados y sus tortas de raicillas, su buen comportamiento, su conocimiento del país y el modo en que siempre habían hecho las cosas— lo habían entregado a cambio de nada.

Serían desplazados hasta el lugar en el que el sol se pone y finalmente acabarían extinguiéndose.

A aquello siguió el silencio, y a aquello otras palabras que se prolongaron durante toda la noche. Anciana de Allá Lejos oyó hablar a los hombres de lo ocurrido el invierno anterior, cuando los colonos los atacaron y ellos los persiguieron y les dieron alcance, pero no consiguieron nada porque los colonos eran más numerosos y disponían de mejores armas.

Cuando el cielo ya comenzaba a clarear, oyó decir a su padre que el número de colonos siempre iría en aumento, que por cada uno que vieran llegar aparecerían cien más. Al final, Anciana de Allá Lejos se quedó dormido, y cuando despertó ya se había tomado una decisión: se quedarían lo que el representante del gobierno les había dado por más que los hubieran engañado.

No iban a regresar y luchar otra vez.

Estaban cansados y tenían hambre. Se dirigirían hacia el oeste, como les habían ordenado que hicieran y ellos habían acordado hacer, y una vez que ocuparan las nuevas tierras que habían aceptado a cambio de su antiguo territorio, encontrarían la manera de prosperar.

Y eso fue lo que hicieron. Cogieron sus tiendas y sus perros y a sus bebés y a sus abuelas, y pese a que aquel documento no suponía otra cosa que una enorme estafa continuaron rumbo al oeste como habían prometido hacer, cruzaron el río y siguieron avanzando.

Anciana de Allá Lejos no sabía qué pensar.

Una parte de él pensaba en su hermana y en todo lo que habían dejado allá en el este —sus ríos y sus bosques y sus bien arreglados jardines de maíz y judías— y en el augurio del anciano según el cual, de llevarse las cosas que habían recibido a cambio, aquello supondría el principio del fin.

Pero otra parte de él codiciaba las cosas que les habían dado, y esa otra parte pensaba que lo mejor que podían hacer era no lamentarse por lo que habían perdido. Esa otra parte pensaba que los negocios que su pueblo había empezado a hacer desde su llegada al oeste, con aquel francés llamado Devereux y su compañero el señor Hollinghurst, eran en conjunto algo más bueno que malo.

Había dudado cuando Devereux le dijo un día, mostrándole un trozo de cable de cobre y una hilera de abalorios enrollados en su blanca palma como una culebrilla roja:

—Te doy esto a cambio de esa bonita piel que tienes ahí.

¿Cómo saber cuál era la mejor decisión? ¿Cómo saber qué futuro aguardaba a tus acciones presentes?

Ignoraba qué hacer. Durante un buen rato se quedó mirando la mano abierta del comerciante, sin hacer nada. Después ofreció la piel a Devereux y tomó el cable y las cuentas, y mientras Devereux y el inglés, el señor Hollinghurst, se alejaban para seguir con sus asuntos río arriba, el chico ya había tomado la decisión de ir con ellos, lejos de la resignación de su padre y el pesar de su madre. Desde entonces había sido el mensajero y el cuidador de perros de Devereux, y siempre había estado cerca de él, pues, aunque tenía sus dudas, ésta se le antojaba la mejor decisión posible.

De manera que cuando el francés lo llevó a que conociera a aquel hombre blanco de cabellos rojos, el chico se plantó allí y observó y escuchó sin moverse lo que ambos individuos se decían en un lenguaje que él no entendía pero que por su sonido pensaba que sería el mismo o casi el mismo que el del señor Hollinghurst.

—¿Y bien? —dijo el vendedor de pieles, volviéndose hacia él y hablándole en su lengua para que pudiera seguir la conversación, advirtiéndole a su vez de que habría beneficios.

Por unos instantes el pequeño *shawnee* de estevadas piernas se mantuvo inmóvil ante aquel insólito extranjero y pensó en ello. En el beneficio que había. En los avisos y profecías del anciano, en su hermana y en todo cuanto habían perdido.

Aguardó unos instantes, admirando el cabello rojo del hombre, dándole vueltas en su mente a todo aquello, y entonces dijo que sí.

Si aquel enorme tipo de cabellos rojos le pagaba, iría con él.

Tía Julie dijo que era desleal y desconsiderado y poco cristiano por parte de Bess rechazar de ese modo a Sidney Lott y negarse a volver a caminar a su lado en el paseo hasta la iglesia.

Aquello también le producía no poca vergüenza, dijo tía Julie, dado que ella seguía haciendo el recorrido junto a los Lott, que eran personas importantes. Cierta domingo, y cada cien metros más o menos, Helen Lott no dejó de decir que Bess parecía considerarse demasiado buena para Sidney. Sidney, que, dijo tía Julie, era un chico muy agradable y no tardaría en ser un hermoso jovencito.

Al ver que Bess guardaba silencio, tía Julie predijo que algún día Bess iba a lamentarse por aquel comportamiento tan grosero, pero que entonces sería demasiado tarde. Sería demasiado tarde para lamentarse cuando fuera Sidney Lott quien llegase a la conclusión de que tenía cosas mejores que hacer que acompañarla a ella cada domingo en el largo paseo a la iglesia, o en cualquier otro paseo cualquier día de la semana. Sería demasiado tarde cuando fuera él quien la mirase a ella como si no estuviera allí, ¿y cómo se sentiría cuando aquello ocurriese?

Bess dijo que le daba igual, que odiaba a Sidney Lott. Prefería caminar sola.

No había libros en casa a excepción de la Biblia de su tía Julie; el manual que su padre había tomado prestado para enseñarle a leer hacía mucho tiempo que lo habían devuelto al profesor de la escuela de Lewistown. A Bess los días le resultaban largos, vacíos. Tenía la impresión de que buena parte de ellos la pasaba oyendo hablar a su tía Julie acerca de las muchas cosas que tenía que hacer, y de tantas otras que no le gustaban lo más mínimo, como la carne de venado, los nabos, los caballos, los burros, las mulas y los católicos. Bess hacía sus tareas, y cuando había acabado jugaba a las damas consigo misma o iba a dar un paseo con su mula favorita y deseaba que, al igual que Sidney Lott, ella también pudiera ir al colegio.

Por las tardes se sentaba en el porche y contemplaba el sendero de piedra que llevaba al oeste, y un día en que tía Julie había ido a llevar una torta de semillas de alcaravea a una vecina que tenía la cadera rota Bess acudió a la biblioteca de Lewistown y preguntó a un señor muy gordo, vestido con un chaleco amarillo y que llevaba unas gafas sobre la nariz, si era posible echar un vistazo a los volúmenes en los que se relataba la expedición del presidente a territorio oeste y él dijo que sí, si estaba suscrita. Si era suscriptora podía echar un vistazo a los libros que quisiera. Lo único que tenía que hacer era pagar la suscripción, que costaba nueve chelines al año.

Detrás del hombre, Bess alcanzaba a ver aquellas hileras e hileras de libros en sus vitrinas de cristal, y las mesas a las que uno podía sentarse a leerlos. Ahora había gente allí.

Nueve chelines.

La noche anterior a la marcha de su padre Bess se había tumbado en su estrecha camita tras la cortina mientras le escuchaba a éste decir a tía Julie que ahí les dejaba el reloj y el anillo de oro que había pertenecido a su madre por si alguna vez necesitaban dinero. Miró más allá del hombre de las gafas para detenerse en la hilera de libros, en sus oscuros lomos, y se preguntó cuáles serían los que buscaba. Tenía muchísimas ganas de ver los mapas y los ríos y los lugares en los que podían encontrarse aquellos enormes animales y donde también su padre podía estar ahora, así como de ver la ruta que podría seguir a su regreso para hacerse una idea de cómo sería su viaje a casa. Trató de concebir la manera de que tía Julie no reparase en la ausencia del reloj o

del anillo de oro, pero no se le ocurrió nada. El reloj de la pared era lo primero que uno veía al entrar en la casa, y no sabía dónde guardaba el anillo. Su padre lo había llevado bajo su camisa, colgado de un cordón.

El hombre de las gafas la observaba desde lo alto de su enorme escritorio. Bess tenía edad suficiente para saber que lo mejor que uno podía hacer cuando algo le gustaba mucho era fingir que no era así. Se volvió y comenzó a alejarse, haciendo todo lo posible por parecer tan digna como despreocupada. Aun así, tenía la convicción de que el hombre se estaba riendo de ella en el momento en que le dio una voz para preguntarle si creía tener dinero suficiente para la suscripción.

No, dijo Bess, no lo creía.

El aniversario de la partida de su padre llegó y pasó, y Bess cumplió once años. Volvió el invierno, y ella imaginó a su padre regresando a casa cubierto por una espesa piel afelpada lo bastante grande como para alfombrar todo el suelo de la casa y calentarles los pies; gente como su tía Julie y Sidney Lott y aquel obeso bibliotecario de las gafas querrían tener una parecida.

Durante mucho tiempo la nieve cubrió los alrededores de la casa y cayó en húmedos copos sobre los animales que había en el pasto. El frío helaba el interior de las ventanas y Bess abría huecos en ella con su tibio aliento para poder asomar afuera. Cada día esperaba recibir una carta pero ninguna llegó.

Como ya no era amiga de Sidney, hablaba con poca gente aparte de su tía y su vecino, Elmer Jackson, cuando éste acudía a la casa a echar una mano con las mulas y más tarde a cenar lo que tía Julie le cocinaba por las noches como recompensa por su trabajo.

A resultas de aquello Bess se encontraba sola muy a menudo, y en su soledad adquirió el hábito de hablarse a sí misma en voz alta:

—En ocho meses más tendremos cuatro nuevas mulas y será verano. Los días serán largos y luminosos, habrán echado brotes las patatas, y yo tendré doce años.

Las cartas, ah.

Treinta de ellas habían sido dobladas y atadas con cordel en cuatro paquetes y confiadas, en diferentes trechos, a:

un administrador de fincas holandés y su esposa,

un soldado,

un fraile español,

el práctico de una de las chalanas en las que Bellman pudo subir para viajar río arriba.

Todos ellos prometieron que tan pronto como se encontrasen en San Luis o en Saint Charles, enviarían las cartas.

Quizá el día en que el administrador de fincas holandés y su esposa cruzaron el Misisipi uno de los remeros estaba borracho. O quizá la nave, ancha y reforzada en la parte inferior por una quilla, había chocado contra un trozo errante de hielo, o quizá la familia, apiñada allá abajo con sus hijos y su carro y sus dos caballos y su vaca, se desplazó de golpe hacia el mismo lado y logró desequilibrarla. Fuera como fuese, la embarcación (que era una nueva construcción obra de Messrs. McKnight y Brady, comerciantes de San Luis, quienes habían adquirido la antigua piragua y la habían reemplazado por una nueva no mucho después de que Cy Bellman hubiera pasado por allí apenas entrado el invierno) dio un bandazo y se ladeó, y prácticamente todo cuanto en ella había cayó al agua, incluyendo a la esposa del holandés y la bolsa con

el montoncito de cartas dobladas y atadas. Después, la gélida agua emborrónó la tinta en la que Bellman había escrito el nombre de Bess y un breve párrafo con algunas faltas de ortografía donde describía el lugar en que se encontraba su casa de Pensilvania, y entonces aquellos papeles doblados absorbieron el agua helada como una esponja hasta que, a causa del peso que habían adquirido, se fueron sumergiendo hacia el lecho del río y se hundieron en el suave fango del Misisipi.

Las otras pérdidas fueron menos dramáticas, si bien no menos fortuitas. Un perro sustrajo uno de los paquetes del bolsillo de los pantalones del soldado mientras éste dormía; posiblemente el papel se había visto impregnado de ese olor punzante que el humo de la leña había dado a las cenas de Bellman. Fuera como fuese, el perro se lo comió; el cordel anudado, chorreando una reluciente baba de perro, fue todo lo que el soldado encontró al despertar. El fraile español dejó el tercer paquete en la estafeta de correos de San Luis y posteriormente se entregó en ventanilla a una mujer que acudió a comprobar si había recibido alguna carta. Su nombre era Beth Ullman; la mujer guardó las cartas en su bolso y siguió su camino y no regresó para reparar el error. El cuarto, aunque entregado sin problemas en la estafeta por el práctico de la embarcación, cayó en el camino nada más salir de San Luis a causa de un bote que lo hizo saltar de la bolsa mal cerrada del transportista en su ruta a Cincinnati, y allí se perdió.

Todas las cartas de Bellman a su hija quedaron dispersas como hojas secas por las tierras y aguas del mundo antes de que Bess hubiera tenido siquiera ocasión de leerlas.

Bellman había conocido a muchos nativos de nombre excéntrico en el curso de su largo viaje pero ninguno tan peculiarmente apodado como éste. Anciana de Allá Lejos tendría, según sus cálculos, unos dieciséis años, aunque no era fácil saberlo. Con aquellos rostros suaves, carentes de barba, hasta los más viejos parecían jóvenes, y todos ellos, contaran la edad que contasen, tenían para Bellman un aspecto más o menos similar.

Devereux se hallaba en lo cierto al decir que aquel chico no tenía tan buena planta como la mayoría de los suyos: apenas levantaba metro y medio del suelo, tenía las piernas estevadas y descarnadas y sus ojos eran diminutos, como pepitas, pero irradiaba de él cierto aire de iniciativa y astucia, y según el vendedor de pieles no le costaba cambiar su conocimiento de la pradera, sus habilidades con la piragua y su destreza para obtener raicillas por un pañuelo o un poco de tabaco y un puñado de esa clase de adornos sin valor que centellearían al sol cuando su luz cayera sobre él entre los sauces.

Lo conocía desde que era un niño, dijo Devereux. A lo largo de siete años el chico había estado haciéndole recados y llevándole mensajes a su nombre, siempre aprisa, siempre mostrándose responsable e impaciente por agradar. No le vendría mal valerse un tiempo por sí mismo. Guiñó un ojo a Bellman. «Que abandone el nido.» Le dio un precio en dólares y chelines.

—¿Puedo confiar en él?

El vendedor de pieles alargó una sonrisa y palmeó a Bellman en la

espalda. Antes o después, todo el que pasaba por aquellos pagos terminaba por preguntarle acerca de los indios del lugar, deseoso de saber cómo eran, si se parecían en algo a los que aún quedaban en el este o si eran diferentes.

—Siempre les digo lo mismo —Devereux se frotó las manos sobre el fuego e invitó a Bellman a que llenase su pipa con más tabaco—: que son generosos y leales, traicioneros y astutos, tan débiles como fuertes y tan abiertos como introvertidos. Que son juiciosos y perdidamente ingenuos, que son vengativos y crueles y dulces y curiosos como niños. Que son unos asesinos sin escrúpulos. Que bailan y cocinan de pena. Que si les diesen la menor oportunidad, tendrían esclavos a los que torturarían y cuando terminasen con ellos serían tan rápidos como el que más para venderlos al mejor postor.

Por experiencia, lo mejor que podía uno hacer, dijo Devereux, era mostrarles que se estaba en posesión de cosas que les podrían interesar, y nunca sobresaltarlos, para evitar ser confundidos con alguna otra raza de salvajes con la que no se llevaran muy bien. Por supuesto, mucho más al oeste, si Bellman seguía adelante, acabaría por encontrarse con los siux, que eran feroces sin mirar con quien.

Bellman inclinó la cabeza. La sonrisa que se dejaba ver entre su barba y su bigote rojos era educada pero indecisa. Hubiera preferido obtener una respuesta más tranquilizadora que aquélla.

—Pero ¿qué me dice de éste? ¿Puedo fiarme?

El vendedor de pieles se levantó para estirarse.

—Oh, diría que sí, señor, sí, mientras le pague por sus servicios. En estos siete años ha hecho siempre lo que se le pedía.

Con ayuda del vendedor de pieles, Bellman explicó al chico lo que buscaba.

Como no quería desperdiciar su tinta, trazó unos dibujos con un palo sobre el polvo, mostrando lo que para él sería el aspecto de las criaturas, el cuero cubierto de cuernos o la piel o el manto de enmarañada lana que debía de cubrir sus enormes huesos. Señaló la copa del álamo más alto que alcanzó a ver para indicar el tamaño que a su parecer tendrían. El chico observó los dibujos. La expresión de su rostro lampiño no cambió un ápice, y durante un

buen rato permaneció en silencio hasta que por fin dijo algo en su propio idioma.

Bellman esperó:

—¿Y bien?

Devereux sacudió una mano:

—Dice que nunca ha visto nada semejante en su vida. Pero que irá con usted si le paga bien.

Bellman rebuscó en el más voluminoso de sus dos bolsos, bajo el doblado algodón de la blusa de Elsie, y sacó un pedazo de cinta verde y un anzuelo; de la caja de latón tomó un trozo de espejo y un cordel doble con abalorios rojos, una pizca de tabaco y un pañuelo blanco, y todo ello se lo ofreció al chico, que cogió las cosas, se ató acto seguido la cinta verde y el espejo a una de sus oscuras trenzas, se colgó las cuentas alrededor del cuello y embutió el pañuelo en el cinto del pequeño taparrabos de piel que, similar a una escarcela, cubría sus partes pudendas. Hecho lo cual, miró a Bellman y extendió la mano para que le diese más cosas. Devereux volvió los ojos y rio entre dientes, como diciendo: «Da igual lo que les ofrezcas, siempre te piden más».

—Está esperando que le dé otra cinta de esa enorme caja de los tesoros para su otra trenza, señor —dijo el vendedor de pieles, señalando con el dedo—, y otro collar de abalorios, de los azules, que los prefiere a los rojos.

Bellman vaciló. Le daba la impresión de que el chico estaba siendo un poco avaricioso y que se aprovechaba de él; tras un año lejos de casa, empezaba a preocuparse por su remesa de baratijas, pues cada trueque llevado a cabo durante su viaje con los nativos le había dejado la caja prácticamente sin existencias. Sólo le quedaban unas cuantas cosas sueltas. Con todo, estaba impaciente por seguir su camino, y pensaba que sus asuntos probablemente marcharían mejor si tenía al indio por compañero que al contrario.

Sacó una cinta blanca y el colgante de abalorios azules más pequeño que pudo encontrar y se los entregó al chico, que enseguida se los puso y, en opinión de Bellman, parecía de pronto tan feliz como una chiquilla.

Antes de marcharse, Bellman preguntó a Devereux si haría el favor de

enviar unas cartas a su hija, que tenía diez años, no, once, y vivía en casa con su hermana, que podía ser muy difícil de tratar pero por dentro era muy buena persona. Dijo que en el transcurso del año anterior había dejado varias cartas en manos de diversos viajeros y otras personas a las que había conocido. Sabía que su hija estaría a la espera de más. ¿Se aseguraría Devereux de enviar estas últimas?

Devereux dijo que así lo haría.

Aquel primer día iniciaron la marcha al amanecer. Bellman y los dos caballos, el suyo de color negro y el pardo perteneciente al muchacho, avanzaban por la orilla, mientras que el chico y los enseres lo hacían a bordo de la piragua. Más tarde cambiaron los papeles, y aquel cambio confirmó lo que Bellman había sospechado desde primeras horas del día: que el chico era muchísimo más diestro con la barca de madera que él, y que gracias a su manejo de la pala pasaba fácilmente entre los bancos de arena y los troncos flotantes que anegaban aquella corriente tan perezosa y decepcionante. Cuando Bellman se subió a la piragua para ocupar el puesto del chico y comenzó a atacar unas aguas tan poco profundas con la pala, la embarcación permaneció en el mismo sitio, girando en interminables círculos.

Mientras azotaba de aquella manera el río, Bellman pudo ver que allá en la orilla el chico se partía de la risa, y como la piragua no dejaba de dar vueltas y más vueltas Bellman también comenzó a reír hasta que no tuvo fuerzas ni para desplazarse en la dirección adecuada. Sostuvo en alto la pala y apuntó hacia el chico.

—Venga. Prueba tú de nuevo.

Empezaba a anochecer y Bellman se felicitó por sus nuevas adquisiciones: el chico, el caballo pardo y el barco.

De nuevo en tierra firme, guiando los caballos, avivó el paso.

Le fascinaba la belleza de aquel paisaje: la cinta gris pálido del río; los oscuros árboles; a lo lejos el manto extendido y resplandeciente de la pradera, suave y ondulante; la seda azul del cielo, salpicada de moratones.

Se sentía más ligero, más convencido de lo que había estado en muchos meses de que se acercaba cada vez más a lo que andaba buscando.

Volvió la primavera y Elmer Jackson se las arreglaba para cenar o al menos tomar una taza de café tres o cuatro días por semana en el hogar de Bellman.

En esos días se sentía como en casa.

Había mejorado mucho en su propósito de no usar palabras malsonantes, y más de una vez al concluir un día de trabajo con las mulas o tras haber cumplido con varias tareas sueltas por la casa, la hermana de Bellman había rematado el plato de fiambre con una rebanada de pastel de jengibre o un trozo de tarta de manzana.

Desde que su vecino, aquel individuo alto y de pies enormes, se había perdido más allá del sol poniente, Jackson había acudido muchas veces a echar una mano en la casa, yendo y viniendo en su caballo gris, de cola blanca. «Gracias, Elmer», decía la tía al recibirlo, y una vez más cuando el trabajo estaba terminado y ella le servía un café al final de la jornada y a veces la cena y a veces también el pastel, o la tarta.

Para Elmer Jackson uno de los grandes momentos de su vida fue el día en que llegó al condado de Mifflin con dinero suficiente en el bolsillo —reunido y atesorado durante muchos años trabajando en molinos y fundiciones y fábricas de cerveza y durante aquellos horribles diecinueve meses que había pasado en el ejército del general Wayne, en Ohio— para adquirir una pequeña porción de tierra. Fue un gran momento aquel en el que, después de la dureza y la miseria de tantos días y noches en una incesante sucesión de

bosque de tiendas de campaña goteantes y de atestados y malolientes barracones y guarniciones, tomó posesión de su propia parcela de tierra, algo a lo que aferrarse, si así lo deseaba, a perpetuidad.

Siempre le había gustado más, sin embargo, la casa de Bellman; siempre la había preferido a la suya. Aquel corpulento criador de mulas había llegado un año después que él, y desde el primer día había agradecido la calidez y la limpieza y los pequeños toques de belleza presentes en la casa del otro hombre: la hilera de botes de pepinillos en la repisa, las relumbrantes ventanas; después, la preciosa pluma con los colores del iris colocada sobre la cama de la niña.

Su hogar era una serie de leños encajados burdamente entre sí y un suelo de planchas de madera. No había adornos ni toques delicados, sólo su cama y una mesa y una silla, un cubo para hacer sus necesidades durante la noche, que sacaba por la mañana y vaciaba sobre las judías que cada año plantaba en la parte trasera.

Empezaba a parecerle cada vez más plausible que su vecino nunca volviera a casa. Le parecía cada vez más plausible, si se andaba con tiento y jugaba bien sus cartas, poder moverse por el lugar con relativa libertad.

Había oído mencionar algo acerca de un anillo de oro. Con lo que sacase del anillo de oro podría ampliar el negocio de las mulas, introducir algunas mejoras en la casa, comprarse ropa nueva y elegante. El sombrero de Bellman era realmente bonito.

No ignoraba que la gente del pueblo le miraba por encima del hombro; que Carter no le quitaba ojo en su tienda como si pensase que Elmer iba a birlarle algo tan pronto le diese la espalda. Las pocas veces que había aparecido por la iglesia el pastor le había mirado de lejos con una expresión que decía a las claras lo poco que le agradaba que aposentase sus grasientos pantalones en alguno de sus rígidos bancos de madera. Bueno, ya lo mirarían con mayor respeto cuando se hiciese cargo de la casa de Bellman.

Se llevó a la boca otro trozo del pastel de la tía.

La niña parecía estar cada día más alta. Tenía ese mismo cabello indomable y rojo de su padre, pero sobre todo, en opinión de Elmer Jackson, se parecía a la fallecida esposa. La esposa había tenido unas hechuras

perfectas, y la niña también, y tenía la misma espalda erguida y su paso ligero.

Elmer Jackson tenía que elegir, o la tía o la niña, y la tía nunca le había gustado gran cosa. La tía, con su cara alargada y huesuda y sus medias llenas de arrugas, tenía para Elmer Jackson prácticamente el mismo atractivo que cualquiera de las mulas del hermano.

Cuando era pequeña, la niña solía sentarse en la valla mientras él trabajaba con Bellman en las tierras, haciendo oscilar sus piernas envueltas en unas polainas de algodón. Al principio Elmer Jackson no conocía ni lo más elemental de las mulas y ella le explicaba lo esencial entonando un cántico similar a una canción de cuna.

La burra se llama Jenny y el burrito se llama Jack.

El macho cruzado de Jenny se llama mulo y la yegua cruzada de Jack se llama mula.

El mulo se llama John y la mula se llama Molly.

A la mulita a veces la llamamos Mulita Chica y al mulo a veces lo llamamos Mulito Chico pero la mayoría de las veces simplemente los llamamos mulas.

Si juntas a Mulito con Mulita o a Jack con Molly o a Mulita con Jack o a Mulito con Molly casi nunca saldrán niños. Las mulitas y las mulas no pueden tener niños o al menos casi nunca y por eso todo lo tendrás que hacer con los caballos y los burros. La mula en realidad —y aquí rompía a reír y saltaba de la valla y se marchaba a todo correr— se llama asno.

Elmer Jackson supuso que aún podía esperar unos años.

En unos años la tía podría hacer las maletas y regresar a su casa y llevarse consigo sus arrugadas medias y sus gallinas pardas y blancas.

Pero sentado a la mesa de Cy Bellman, mientras terminaba el pastel de Julie y reflexionaba sobre su futuro, Elmer Jackson comprendió que no quería esperar unos años.

Desde hace un tiempo se ha habituado a espiarla, a esa hora del viernes en que la malhumorada tía descuelga la pequeña tina de metal del gancho que

hay en la pared y la desnuda y la baña. Es una chiquilla perfecta: le hace pensar en leche o crema enfriándose en el cobertizo, en ese sedoso escalofrío que se siente cuando uno le mete el dedo pero también en la suave calidez de su interior. Oh, Dios misericordioso, sólo para probar. Con el ojo pegado al hueco que hay entre los maderos aguanta la respiración y mira sin tocarse para que cuando el placer sobrevenga sea todavía mayor. Se ha convertido en su ambición, en su meta. Empieza a urdir un plan para llegar hasta ella, consciente de que con su ayuda en el campo, su paciencia con las mulas, sus muestras de aprecio hacia la cocina de la tía, su presencia ya aceptada entre ambas mujeres, cada día se acerca más y más, y cada favor que les hace como amigo es una nueva piedra que construye el camino sobre ese río que ya casi ha cruzado; sólo es cuestión de esperar el momento oportuno para que eso suceda.

Aquel enorme hombre blanco siempre cogía el sueño antes que él.

Envuelto en su grueso abrigo de lana, siempre rompía a roncar en cuestión de segundos. Su respiración se volvía más pausada y profunda, y tras aquello su cuerpo se estremecía de tarde en tarde como el de un perro dormido, y el chico se preguntaba qué sueños tendría.

Ya había visto en una ocasión a un blanco de cabellos rojos, el día en que los colonos incendiaron las cosechas y las tiendas de su gente. Era más menudo y más delgado pero tenía la barba y el pelo de la cabeza de ese mismo color fuego: arrastró a su hermana a campo abierto, sin que ésta dejase de patalear y arañarle y gritar con todas sus fuerzas, y aquel enjuto colono blanco de cabellos rojos y barba roja se movió sobre ella como un perro hasta que decidió rebanarle el cuello. En sus sueños todavía la veía pataleando y arañándole y la oía gritar con todas sus fuerzas. Cuando despertaba y veía a ese enorme hombre blanco tan cerca de él, con el rostro cubierto por aquellos cabellos rojos idénticos a los del otro, había ocasiones en que sentía náuseas.

Una barba, fuese del color que fuese, era algo asqueroso, una cosa propia de animales, pues llevaba en las cerdas el hedor de las comidas, a veces migas y rastros de verdadera comida. Pero en este caso era peor porque era roja como la de aquel otro hombre. A veces, cuando él y el corpulento explorador marchaban hombro con hombro, cuando levantaban la piragua o

ataban los fardos a los caballos, aquella espesa barba roja le rozaba la mejilla y él tenía que contener una arcada. Era el olor, la imagen que tenía en la cabeza de aquel enjuto hombre blanco del pasado.

Había noches en que Bellman despertaba en plena oscuridad, y al abrir los ojos veía que el chico lo observaba. Cuando miraba al otro lado de ese fuego que ardía suavemente, de sus intermitentes puntos de luz, de aquellas cenizas que resbalaban a medida que los leños, atravesados por el fuego, se quebraban y blandamente caían, Bellman veía que el chico no dormía sino que descansaba allí con los ojos abiertos de par en par, tan pequeños como unas semillas, blancos, brillando en la oscuridad.

Eso bastaba para que Bellman se sintiese seguro. El chico despierto y alerta, aguardando un peligro que Bellman ni siquiera era consciente de que estaba ahí.

Podía llegar a ser un trabajo bastante engorroso: el sementales cubría a las mulas, los mulos cubrían a las yeguas, Elmer Jackson y su padre tirando de ellas con todas sus fuerzas y dando voces gritando mientras los animales corrían por aquí y por allá, pero al final terminaban por lograrlo, y poco menos de un año nacían mulas y mulos, enroscados en sus saquitos de dormir, que enseguida trotaban hacia los pastos con sus largas y débiles patitas.

En aquellos días, al estar su padre ausente, tía Julie y Elmer Jackson eran los encargados de hacerlo, si bien Elmer Jackson era quien realizaba la mayor parte del trabajo, consistente en fustigar y poner orden entre el semental y las mulas, las yeguas y los mulos, en persuadirlos y hostigarlos en función de cuáles eran los que más reluctantes se mostraban y cuáles no.

Aquello no ocurría un día en particular sino a lo largo de diferentes días, pues todo dependía de qué animales iban a ser apareados. Tía Julie hacía su parte desde la barrera con aquel particular «yip, yip» que el padre de la niña empleaba como llamada, aunque tan pronto comenzaba el trabajo, a Bess no se le pasaba por alto la frecuencia con que su tía encontraba alguna otra tarea que era preciso llevar a cabo, ya fuera arrancar unas patatas o lavar una palangana llena hasta los topes de ropa o cualquier otra cosa que exigía de toda su atención dentro de la casa, dejando a Elmer a cargo del proceso.

Bess, sin embargo, tenía que ayudar en los partos. Ayudaba a tirar y a

veces a usar las cuerdas y a susurrar palabras de ánimo en las enormes orejas de las mulas o en las pequeñas orejas de las yeguas.

Era una maravilla y un misterio, como Bess acostumbraba a decir a Sidney Lott antes de que dejase de hablarle: dos animales diferentes, un caballo y un burro, uniéndose para dar vida a otro distinto, ¡y además tan bello! Daba igual que fuera un mulo o una mula: los mulos eran unos animales excelentes.

—Son más fuertes que el caballo o el burro. Los mulos pueden cargar más cosas, Sidney, y llegar más lejos, y además tienen un paso mejor y más vivo gracias a unas pezuñas que parecen cascos, y son mucho más listos.

«¿Por qué no vas en mula?», era una pregunta que Bess había formulado a su padre días antes de que éste partiese, cuando ya había quedado claro que planeaba llevarse su caballo negro.

—Es una buena pregunta, Bess —respondió él—, y he pensado mucho en ello: qué sería mejor, un caballo o una mula.

Lo cierto era que había pensado en llevarse ambos, según dijo, concibiendo así una suerte de pequeña caravana en la que él cabalgaría el caballo y sus aparejos viajarían a lomos de la mula, pero al final rechazó la idea, le parecía que aquello lo haría todo demasiado lento y engorroso, y creyó que lo mejor sería amontonar su equipo sobre el mismo caballo en el que viajase.

Bess dijo que si fuera ella la que se marchase probablemente, pensaba, se decidiría por la mula.

—Un caballo va más rápido, Bess —le dijo Bellman con dulzura y apretándole la mano, pues había visto que se le llenaban los ojos de lágrimas—. El caballo es un animal veloz. Un poco insensato, eso desde luego. Pero iré más rápido, Bess, y volveré más pronto, a lomos de un caballo.

Los días pasaban, llovía mucho, y mientras cabalgaba o caminaba, Bellman examinaba atentamente la orilla del río o la pradera que se extendía a lo lejos, y las filas de esforzados pinos que había más allá, en la cima de las colinas. De tarde en tarde dibujaba aquellas rocas que tan poco familiares le resultaban, los árboles y los arbustos y la hierba, y prensaba algunas hojas y tallos entre las páginas de sus dibujos, pero principalmente su cabeza estaba llena de aquellos animales gigantescos.

¿Dónde comían?

¿Preferían la carne o las plantas?

¿Acaso, como los lobos, acechaban a los búfalos y se alimentaban de ellos?

¿Tal vez, pese a su enorme tamaño, eran de pies ligeros? ¿O se desplazarían lentamente, con suavidad, como esas nubes con aspecto de criaturas que cruzaron los paisajes de su mente cuando por primera vez pensó en la posibilidad de su existencia?

¿Eran cazadores o recolectores?

¿Empleaban sus enormes colmillos para desgarrar a sus presas, o acercaban las bocas a los árboles y absorbían avellanas?

¿Se solazaban, como él y Anciana de Allá Lejos, en las aronias y las grosellas, en las uvas maduras?

¿Disfrutaban también de una cola de castor o de un siluro recién pescado?

Le daba nuevos bríos la visión de otros animales que nunca en su vida había visto, y también se detenía a dibujarlos: conejos sobredimensionados con unas orejas del tamaño de la enorme pala que el chico empleaba para dirigir la piragua por el río; una bestezuela gorda, algo a medio camino entre una rana y un lagarto, con púas por todo el cuerpo; un horrendo pájaro cuyas plumas le cubrían la mitad de las patas como unos pantaloncitos cortos, provisto de una piel desnuda, paliducha y feísima, que era posible ver entre las plumas y sus grandes pezuñas ganchudas.

Aquellas extrañas e ignotas criaturas alimentaban las esperanzas de Bellman y le animaban a seguir.

Acompañado del chico, hacía incursiones por el norte y el sur con la esperanza de ver algo, y a los pocos días regresaba al río y seguía su curso durante una o dos jornadas, para después repetir el ejercicio. Incurción. Río. Incurción. Río. Incurción. De esa manera había decidido hacer su aproximación: lenta, elíptica, laboriosamente. Semana tras semana, mes tras mes, iban poco a poco acercándose hacia el oeste.

Hubo ocasiones en que el suelo parecía inclinarse de nuevo bajo sus pies, en que sentía que perdía el equilibrio, de igual manera a como le ocurrió cuando, allá en su casa, leyó por primera vez acerca de aquellos enormes huesos: cuando la mera idea de todo cuanto ignoraba le había hecho tambalearse y ser consciente de que ya no podía permanecer en su hogar. Se había visto completamente incapaz de explicárselo a nadie, ni a Julie, ni a Elmer, ni siquiera al nuevo bibliotecario, que le había ayudado a encontrar los mapas y los diarios. Ahora se preguntaba si no sería porque, a través de tan gigantescos animales, posiblemente se le había abierto como una puerta a los misterios del mundo. En el oeste hubo ocasiones en que se tendía por las noches y, envuelto en su abrigo, alzaba la vista al cielo, a su manto de estrellas, contemplaba el rostro brillante y quebrado de la luna y también se preguntaba qué habría allí, qué encontraría en aquellos pagos si pudiera ingeniar la manera de ir a echar un vistazo.

Regresó el invierno, y fue realmente duro. Tanta nieve había que Bellman creyó que acabarían sepultados en ella, e incluso el chico se mostraba incapaz de arrancar algo similar a un alimento de aquel mundo helado que los

rodeaba. En las noches más crudas Bellman opinaba que lo mejor que podían hacer era tumbarse muy juntos para intercambiar su calor, pero no podía imaginarse haciendo tal cosa, él y el chico abrazados bajo su abrigo o la manta. Incluso en las peores noches se le antojaba algo imposible de plantear, y ambos se tendían en los gélidos brazos de la madrugada bastante separados el uno del otro. Durante largos períodos les resultaba imposible viajar, y en ocasiones Bellman temía haber hecho todo aquel camino para no llegar más lejos.

Pero de nuevo volvió la primavera, y por las mañanas ambos despertaban entre la transparencia del cielo y la quietud de los ríos, y proseguían su camino.

Bellman disfrutaba la tranquila compañía del chico: su presencia, constante y predecible; la visión de su silueta ante él, con una mano suavemente apoyada en el pequeño arco de caza que llevaba consigo a todas partes. Aquel arco despertaba el asombro de Bellman. Era tan menudo y ligero que más bien le parecía el juguete de un niño, y después de tanto tiempo aún seguía sorprendiéndole el modo en que, montado al galope, Anciana de Allá Lejos disparaba con él para regresar día tras día con alguna cosa muerta que les servía de sustento.

En general, a Bellman le daba la impresión de que se llevaban bastante bien.

A su entender, el chico estaba bastante satisfecho con el negocio que habían realizado en presencia del vendedor de pieles, Devereux. Por la noche, una vez habían comido, Bellman le veía a menudo haciendo oscilar el espejito a la luz de la hoguera, o rehaciendo las cintas y los abalorios y el pañuelo blanco que decoraban sus cabellos negros y su delgado cuerpecillo de piernas combadas.

A Bellman le gustaban esas tardes tras una larga jornada de viaje: la tranquila y casi doméstica satisfacción, aparcar sus fardos para el resto del día, fregar y enjuagar los platos en el río, aquel cálido fuego que arrojaba unas tenues sombras sobre su campamento. Había ocasiones en que ambos hablaban en voz alta cuando ya se habían acostado para dormir, Bellman en su idioma y el chico en el suyo, sin que ninguno de los dos supiera qué estaba

diciendo el otro.

Era muy agradable, pensaba Bellman, comunicarse de aquella forma, escuchando unas palabras cuyo significado no comprendía: era como escuchar música. Y, para colmo, estaba el talento del chico con el arco y las flechas, y él mismo era un diestro pescador. En líneas generales, pensaba Bellman, les iba más que bien. Había mucha caza y suficientes peces en el río para alimentar toda una ciudad.

Desde su cama, Bess escuchaba hablar a la tía Julie y a Elmer Jackson.

Estaban bebiendo café. De vez en cuando oía el suave golpeteo de las tazas sobre la mesa.

—Por supuesto que me acuerdo de él —estaba diciendo su tía Julie—. Me acuerdo de cuando leyó en el periódico que podía existir un monstruo gigante, de enormes dientes, y se dijo a sí mismo: «¡Oh, ya sé lo que voy a hacer! Guardaré mis cosas en unos fardos y me compraré un enorme sombrero nuevo y me dirigiré de inmediato en esa dirección y cabalgaré tres mil quinientos kilómetros hacia allí de manera que pueda estar seguro de caer en sus fauces».

Su tía había alterado la voz para que sonase tan profunda como estúpida, y Bess oyó que Elmer Jackson dejaba escapar una sincera carcajada. Al asomar por la cortina que había frente a su cama, Bess le vio palmearse el muslo.

También vio que el reconocimiento mostrado por Elmer Jackson a la imitación que tía Julie acababa de hacer de su padre había conseguido que a la mujer le subieran los colores.

Bess nunca había visto que a su tía Julie le subieran los colores.

Observó que su tía se palpaba el moño de cabellos castaños y algo canosos que llevaba en la nuca sobre el cuello de su vestido y que se recogía un mechón suelto detrás de la oreja.

Nunca había escuchado a su tía dirigirse de un modo tan zalamero a Elmer Jackson: los dos se sentaban allí a la luz de una lámpara, bebiendo café, y no pudo evitar preguntarse si no estaría su tía Julie coqueteando un poquito con el vecino, y éste con ella. Jamás se lo hubiera esperado. Era lo último que se le hubiera ocurrido: la creciente atracción de su tía hacia Elmer Jackson era algo realmente sorprendente que no podía comprender ni explicar. Se preguntó si las cosas iban a ser así en el futuro: Elmer Jackson metido en la casa prácticamente cada noche, su tía Julie sentada junto a él y hablando, riéndose de su padre y sonrojándose cada vez que Elmer Jackson riese con ella.

Bess volvió a apartarse de la cortina y se tendió en la cama.

Tras unos instantes oyó el roce de la silla de Elmer Jackson sobre el suelo de madera y el sonido de la puerta al cerrarse, a lo que siguieron los ruidos que produjo su tía Julie al aclarar las tazas de café en el balde y al quitarse las botas, y el chirrido de la cama de su padre en el piso de arriba cuando su tía se introdujo en ella.

En la paz y la oscuridad Bess escuchaba el tictac del reloj de pared. Cuando cerraba los ojos aún podía ver una imagen con el aspecto que mostraba el reloj tras la marcha de su padre: tan pronto se volvió Bess para entrar nuevamente en la casa, el reloj tenía las manecillas extendidas sobre su enorme rostro redondo, una apuntando a un lugar y la otra en la dirección contraria, como si una señalase al oeste y la otra al este. Durante el día había no obstante una hora que le gustaba más que cualquier otra, y hacía lo posible por encontrarse en casa cuando llegaba: la hora en que la más grande de las dos manecillas se arrastraba lentamente a lo largo del doce hasta que se reunía con la más pequeña, ambas señalando al este.

Bess estaba tumbada con los ojos cerrados.

Aquel día las tierras habían recibido la visita de un cuervo, lo que significaba que su padre había encontrado aquellos enormes animales y había comenzado el viaje de vuelta a casa.

Si al día siguiente lograba hacer el trayecto desde el surtidor de agua hasta la casa sin derramar una sola gota por el borde del cubo, significaría que su padre gozaba de buena salud.

Si el espino blanco florecía antes de que diese comienzo el mes de mayo, eso también significaría que su padre gozaba de buena salud.

Y si su tía Julie estaba de mal humor ya de buena mañana, eso significaría que iba a tenerlo de vuelta antes de su cumpleaños.

Ahora Bess hacía esto todo el rato, a diario y a veces cada hora, y siempre como la última cosa del día antes de acostarse: contaba el tiempo reuniendo presagios de buena suerte para ayudar a su padre.

Claro que, siendo justos, las cosas tendían a estar de su parte porque Bess siempre aumentaba las posibilidades a su favor realizando pronósticos en los que podía tener cierta influencia, o que al menos sabía que era probable que ocurriesen, como sucedía si caminaba muy lentamente y con mucho cuidado desde el surtidor hasta la casa y antes de hacerlo no había llenado demasiado el cubo, o si veía que a finales de abril el espino daba muestras de que no iba a tardar en florecer, o si podía confiar con suficiente grado de certeza en la irritabilidad con que su tía Julie se levantaba por las mañanas.

Con todo, era muy reconfortante hacerlo.

Se acurrucó con las rodillas contra la barbilla y se cubrió hasta los hombros con la manta. Detrás de la cortina frente a la cama el reloj hacía tictac.

En aquellos días las dos de la tarde era la hora en que Elmer Jackson solía hacer su aparición; las nueve o las diez de la noche cuando por fin cogía su sombrero y daba las buenas noches a tía Julie y se subía a su caballo gris, de cola blanca, y se marchaba.

Se detuvieron bajo un risco de arcilla azul. Por la noche llovió un poco y Bellman disparó a un pato y el chico hizo un fuego y comieron.

Bellman no se consideraba vanidoso:

—No busco ninguna gloria —dijo, porque había convertido en un hábito hablar al chico por las noches después de cenar, por más que el chico no comprendiese nada de lo que decía.

Con todo, no podía evitar pensar en lo fantástico que sería escribir al periódico cuando regresara a casa y sentarse ante Julie, y Elmer Jackson, y Gardiner y Helen Lott, y quizá Philip Wallace, el maestro de escuela, y el servicial bibliotecario cuyo nombre no era capaz de recordar, y por supuesto Bess, y contarles todo acerca de las bestias que habría encontrado y visto con sus propios ojos. Lo fantástico que sería charlar con ellos acerca de los dientes y colmillos de las criaturas tal y como eran en realidad. Acerca de los ruidos que emitían. Acerca de su escamosa o lanuda magnificencia, fuera una cosa o la otra lo que resultaran tener. La maravilla de todo aquello.

También había noches en las que pensaba en Elsie.

Elsie en el barco cuando llegaron a New Castle,^[1] con el pelo desordenado por el viento y una sonrisa eterna, iluminada por la esperanza de lo que aquel nuevo país podía ofrecerles.

Elsie saliendo de casa con el cubo y enfilando sus pasos hacia el surtidor en busca de agua. Su espalda erguida y su paso ligero.

Elsie tomando un baño junto a la estufa, el agua que él vertía del aguamanil y que se deslizaba sobre su piel como el aceite, los rizos y los valles ondulantes bajo los cuales se ocultaba Bess, moviéndose en su interior.

Elsie sentada a la mesa con Bess sobre su rodilla, Elsie ayudando a retirar las piedras de los pastos. Elsie en la planta de arriba tras aquella terrible operación. El señor Corless, el barbero, deteniéndose ante la puerta y preguntando finalmente por su dinero; diciendo que lo lamentaba, pero que ni el mejor cirujano podría haber hecho algo por ella.

Algunas noches soñaba que volvía a estar otra vez en la cama con ella, y entonces alargaba un brazo para tocarla pero al hacerlo se despertaba. Cuando eso sucedía era tan real que de inmediato trataba de coger otra vez el sueño para volver a su lado y sentirla de nuevo, estar con ella como lo había estado en vida.

Y había también otras noches en las que soñaba que Elsie estaba en casa, observándole mientras él guardaba y guardaba y guardaba sus cosas para el viaje con intención de marcharse, mientras enrollaba y volvía a enrollar su manta y metía sus cosas en bolsas y echaba otras al interior de la caja de latón. No podía verla, pero sabía que estaba allí al fondo, en alguna parte, podía sentirla observándole, y nunca era capaz de tener preparadas sus cosas: siempre había algo que necesitaba guardar y quizá era que no había empezado lo bastante pronto o que no le quedaba suficiente tiempo. Su sueño estaba presidido por la sensación de que había un plazo, de que había una hora incierta a la que debía partir pues de otro modo nunca se marcharía, y Bellman estaba desesperado, desesperado, desesperado por irse, y corría y corría, pero eso no le hacía ir más rápido y hasta podía sentir que la posibilidad de que alguna vez se pusiese en marcha se iba haciendo más y más pequeña hasta convertirse en nada, e incluso en el sueño podía sentir el pánico, los latidos de su corazón, y cuando despertaba seguía sintiendo aquella desesperación dentro de su ser.

Al otro lado de la hoguera, sin embargo, el chico dormía en paz. Tenía los ojos cerrados. Bellman podía ver la suave oscilación de su pecho. Sobre sus cabezas, los sauces se mecían ligeramente a merced de la brisa nocturna que llegaba del río. La respiración de Bellman se apaciguaba. Todo estaba en

orden. Él estaba allí. Seguía su camino.

Y entonces, un accidente.

La manta de Bellman, olvidada en el lugar donde habían acampado la noche anterior, a cierta distancia del río; la decisión de regresar lo más deprisa posible corriente abajo para recuperarla.

Oyeron la catarata mucho antes de llegar a ella.

El agua rompiendo, pues, entre las elevadas paredes del cañón y estrellándose en la garganta cada vez más estrecha del río.

Bellman señaló hacia la orilla y a una posible salida situada por encima de aquel afilado risco para ilustrar su idea de que creía que debían girar en redondo la piragua, pero el chico dejó claro que confiaba en poder lanzar la pequeña embarcación por la catarata. Y Bellman dijo que de acuerdo. Porque para entonces había observado al chico miles de horas y le daba la impresión de que era capaz de conseguir lo que se propusiese, que la estrecha canoa obedecería sus deseos. Pero cuando el chico y el bote saltaron sobre la espuma, Bellman vio que el bote se ladeaba bruscamente. Vio que todas sus cosas salían volando y se perdían entre aquellas jabonosas aguas. Su caja de latón cayó entre los oscuros remolinos con la tapa abierta, mezclando sus contenidos al fragor del agua en su propia caída en picado.

Abajo, Bellman agarró al chico por las muñecas y lo sacudió con fuerza. Era la primera vez que lo encaraba con aquella rabia. Le gritó y le dijo que era un inútil y luego se dejó caer a plomo en la orilla para reconocer los daños de aquella ruinoso tarde, y resultó que no habían perdido casi nada.

La piragua no estaba rota y la corriente había arrastrado la pala un poco más allá, hasta una grieta abierta entre las rocas. En la tranquila laguna que las cataratas formaban allá abajo, las cosas de Bellman flotaban o centelleaban bajo el agua.

—Bueno —dijo—. Supongo que esta vez hemos tenido suerte.

Juntos reunieron las dispersas posesiones de Bellman y colocaron las cosas húmedas en lo alto de los tojos para que se secasen. Todo lo demás — su tetera, sus armas, etcétera— lo llevaron a las rocas y a la estrecha playa de

pizarra. Desató el hule que contenía la pólvora y, extendiéndolo, lo puso al sol. Sorprendentemente, hasta las cartas que había escrito a Bess, y que había guardado cerca del hule, sobrevivieron con escasos daños: al secarse sólo quedaron algunos borrones y manchones sueltos y unos cercos marrones, pero eso era todo. Avanzando un poco llegaron al campamento del día anterior, donde les aguardaba la manta de Bellman.

—Lo siento —dijo Bellman en voz baja cuando cayó la noche y habían terminado de comer—. No quería gritarte. Sé que no ha sido culpa tuya. Es sólo que me siento algo impaciente y cansado y preocupado por el invierno que otra vez se acerca, y por haber hecho todo este camino sin que hayamos visto nada.

La tía lo invitaba ahora todos los días a que se quedase a cenar.

Elmer Jackson pasaba la jornada despejando las tierras y los pastos y dando de comer a los animales, y por las noches ella le servía un plato de fiambre y una taza de café caliente y un trozo de pastel o de tarta antes de que se marchase.

Cierta noche en que la niña todavía no se había ido a la cama y la tía estaba vuelta de espaldas, Elmer Jackson se inclinó sobre la mesa y trazó un círculo con el pulgar en el dorso de la mano que ella tenía junto a su plato. Bess le miró fijamente, pero no parecía entender qué significaba aquello, y en cosa de un momento la tía regresó a su sitio y ordenó a la niña que se fuese a la cama y él prestó nuevamente toda su atención a la cena.

Después Elmer Jackson se llamó de todo. Comprendía que no debía haber intentado nada tan desganado como aquello: que, cuando llegase el momento adecuado, el factor sorpresa sería muy importante.

—Lo último que querrías —se dijo a sí mismo— es que la tía se huela algo.

Aquella misma primavera en Lewistown, Mary Higson, la viuda del herrero, cumplió treinta y nueve años.

Había visto a Cy Bellman entrar en la tienda de Carter una tarde de verano, no mucho antes de su marcha, y salir de ella con un sombrero que la sorprendió. Puesto que aún no sabía nada acerca de sus planes, sintió curiosidad por lo que podía estar planeando. Quizá había tomado íntimamente la decisión de mejorar su aspecto y aquél era el primer indicio que dejaba ver en público; o quizá, tras esos ocho años que habían transcurrido desde la muerte de su esposa, empezaba a pensar que ya era hora de interesarse por algo más que su niñita y las mulas que cada estación Mary Higson le había visto pasear por la ciudad, tocado con su sombrero de fieltro marrón y armado con una vara de sauce y aquella invariable expresión en el rostro que a su juicio siempre parecía decir: «Mi nombre es John Cyrus Bellman y ésta es mi vida. No es lo que esperaba pero es lo que hay, qué le vamos a hacer».

Mary pensó, no obstante, que tenía un aire dulce y tímido al mismo tiempo cuando salió de la tienda aquel día, con el sombrero tan tieso y de alguna manera tan precariamente colocado en lo alto de su espesa cabellera roja, igual que si estuviera ejecutando quién sabía qué desafío, como caminar por una barra engrasada mientras mantenía en equilibrio sobre su cabeza la pantalla de una lámpara y todos aquellos que había conocido en vida

esperaban a ver si se le caía el sombrero o se caía él, o ambos.

Durante un tiempo pensó que a lo mejor la visitaba.

Varias veces acudió a la puerta pensando que había escuchado unos golpes, sólo para descubrir que no era nada y que allí no había nadie, que no eran más que sus propias esperanzas y deseos arrancándole sonidos al silencio o confundiendo algo tan corriente y caprichoso como el ruido de una gruesa gota de lluvia al caer en el techo o el que haría una persona al quitarse un zapato y golpearlo contra el suelo para sacarle alguna piedrecilla.

Y entonces escuchó un día en la iglesia que Cy Bellman había partido con su caballo hacia el oeste para ir en busca de unos animales extremadamente grandes.

Oyó que su hermana Julie y Helen Lott y el pastor de la iglesia hablaban de ello, decían que no cabía duda de que aquellos enormes objetos que habían inspirado su búsqueda probablemente no eran ni huesos sino restos de árboles y rocas. Que estaba loco por ir allí solo. Que moriría de hambre o se rompería una pierna o se perdería o caería en manos de los salvajes.

Mary no sabía qué pensar, salvo que ojalá no se hubiera ido.

Cada vez que veía a su pequeña, cuyos cabellos eran exactamente tan rojos como los de Bellman, pensaba en él y le daba un vuelco el corazón.

Era muy graciosa la niña.

Tan solitaria y tan seria, y siempre caminaba muy por detrás de su tía y los Lott cuando iban a la iglesia.

A veces la viuda del herrero la veía remolonear en la escalera que daba a la biblioteca. En una ocasión la vio trasponer las enormes puertas de madera, y en otra ocasión la vio salir de allí a toda prisa como un gato escaldado para ir a darse de bruces con su tía Julie, que gritó: «¡Por el amor de Dios, niña, mira por dónde vas!».

Mary se imaginó a sí misma diciéndole: «Bess, yo seré tu madre si así lo deseas. Seré la esposa de tu padre cuando regrese, y juntos cuidaremos de ti».

Pero cuando los meses pasaron y se convirtieron en un año, y luego en otro, Mary Higson comenzó a olvidar a Cy Bellman, y cuando un viajante de ventas procedente de Boston le compró a su paso por Lewistown un baúl de cuero y algunas ropas y otras muchas cosas, ella se abandonó a su suerte y se

marchó con él, y nunca más regresó a Lewistown ni supo qué fue de Cy Bellman y su pequeña.

Mientras tanto Sidney Lott había crecido treinta centímetros más respecto al verano anterior y la mayor parte de los domingos caminaba hasta la iglesia al lado de Dorothy Wallace, que tenía catorce años y era la hija del maestro de escuela.

La tía Julie hablaba de la preciosa jovencita en que se había convertido Dorothy y de que no le sorprendería que en unos años Sidney y Dorothy se casaran. ¿Qué pensaba Bess al respecto?

Bess dijo que no pensaba nada al respecto. Bess dijo que aquélla era la última cosa en el mundo en que se le ocurriría pensar.

A veces el río estaba demasiado bajo incluso para que el chico pudiera desplazar la piragua a contracorriente de aquel perezoso caudal.

Bellman la amarraba entonces a su cintura, y se abría paso por el agua y hacía que el chico guiara los caballos por la orilla, y tiraba hasta que sentía los pies tan helados y las piernas tan cansadas que ya no podía avanzar más, y daba una voz por encima del hombro para decirle al chico que se detendrían allí a pasar la noche.

A lo largo de los días había momentos en que gritaba de pura desesperación. «¡Y que te hagas llamar río...!», exclamaba, dando golpes con la parte llana de la pala a la superficie de aquel río manso, gris y cubierto de moscas. Todos y cada uno de los días mantenía los ojos bien abiertos con la esperanza de que los animales hicieran por fin su aparición, pero no vio nada.

—Empiezo a pensar —le dijo al chico un día en voz alta— que dado lo bajo que está y lo perezoso y escaso de aguas que es, seguramente este río sea el problema en lo que a esas enormes bestias se refiere.

Avanzó chapoteando unos pasos más y entonces se paró en seco y asintió:

—Sí, empiezo a tener la impresión de que, al igual que los gatos, esas bestias sienten un enorme rechazo hacia los ríos, las corrientes y las cañadas y pasos de agua del tipo que sean.

Ninguno de los desvíos realizados para explorar las tierras del interior que se hallaban en las proximidades del río había rendido nada más extraordinario

que un puñado de hierbas y flores que a Bellman le eran desconocidas, la gruesa y espinosa criatura que le había hecho pensar en una fruta con cola y llena de púas; los enormes conejos, aquellas horribles aves que parecían llevar pantalones.

—En ninguno de nuestros rodeos nos hemos alejado del río lo suficiente —anunció rotundamente al chico: su hábito de dirigirse a él ya se había consolidado.

Permaneció sentado un buen rato con su brújula. Los dos capitanes y su grupo habían proseguido su camino hacia el noroeste; el chico y él no iban a hacer lo mismo.

—Ven —dijo.

Emprenden camino lejos del río.

Recorren en dirección suroeste una distancia de quinientos kilómetros. Encuentran otro río, aunque Bellman ha llegado a un punto en que ignora cuál es. Lo cruzan, y Bellman confía en que el indio recuerde el camino de vuelta, que tenga en su cerebro alguna parte especial que le permita memorizar tales cosas, quizá a través de las plantas de sus pies.

Ahora está de mucho mejor humor. Tras el pequeño rifirrafe en el río, le ha vuelto el entusiasmo. Por las noches se estira satisfecho en su abrigo tras otro largo día de viaje y disfruta fumando un poco de su pipa, escribe a Bess. Hay algo incesantemente placentero en el rápido revoloteo de los murciélagos entre los árboles a aquella hora del día, y en el suave crepitar de los insectos que se escuchan por todas partes: es un continuo susurrar hacia dentro y hacia fuera, como si la propia tierra estuviera respirando. Le preocupan un poco las serpientes, cierto es, y los osos, y los lobos que alguna vez oye aullar en la noche. Pero en general no suele entregarse a esos miedos, y, en lo que respecta a cuanto le pueda quedar por delante, se siente mucho más emocionado que impaciente, y más lleno de optimismo que de temor alguno. Está convencido de que se encuentra en lo cierto al pensar que de momento su fallo ha sido seguir camino demasiado cerca del río, y que ahora que ha corregido ese error, las cosas no tardarán en mejorar. Aún conserva un

pequeño suministro de retales en la caja de latón que, si se ve en la necesidad de hacerlo, le cambiará por comida a alguno de los salvajes con los que pueda toparse, y toca madera porque tales salvajes sean del tipo infantil y curioso y no de esa variedad feroz acostumbrada a granjearse esclavos. Le quedan pocas municiones y pólvora, pero mientras el chico siga trayendo la mayor parte de la caza, está seguro de que se las arreglarán por un tiempo.

Ahora llama «Anciana» al chico, de un modo entre cariñoso y jocoso.

Hay momentos en los que piensa: «¿Y si lo llevo conmigo cuando termine nuestra misión? Para tener quien nos eche una mano en casa aparte de Elmer. ¿Qué diría Julie de ello?». Bellman ríe entre dientes, tratando de imaginarse la cara de su hermana.

Cierto día Bess está sentada en la escalera de la biblioteca de pago de Lewistown aguardando a que concluya la reunión que su tía Julie mantiene con Helen Lott y el pastor para hablar de la nueva ventana que tendrá la iglesia.

Cuando levanta la vista, ahí está el hombre del chaleco amarillo y las gafas de la última vez, diciéndole que si tuviera la bondad de pasar él no le reclamará los nueve chelines que cuesta la suscripción, pues tal cosa depende de él.

—Gracias —dice Bess, y entra en la biblioteca.

El bibliotecario le muestra los enormes tomos de la expedición del presidente y la acompaña a una silla y una mesa.

Bess lee. Imagina a su padre durante el viaje: una pequeña y solitaria figura en una tierra extensa y vacía, que sigue su camino lentamente a lo largo de un río ancho, sinuoso. Bess pasa las páginas de los diarios de los capitanes, consciente de su ignorancia, cuando trata de comprender todo lo que hay allí escrito; las páginas están llenas de palabras que nunca antes ha visto y no puede siquiera acertar a descifrarlas. Pero allí están los mapas y los dibujos, y le llena de alegría pasar las hojas y poder mirarlos, y da gracias por las palabras que *sí* conoce: largo, corto, seguro, peligroso, hambriento, difícil, hermoso, oscuridad, luz, viejo, nuevo, además de otra buena cantidad de ellas. Da gracias porque, cuando al fin empiecen a llegar las cartas de su

padre, será capaz de leer hasta el más sencillo mensaje que éstas contengan.

Lo único que no le gusta es el tipo gordo de las gafas, la forma en que le echa el aliento cerca de la cara cuando se inclina a abrir los volúmenes para luego, en lo que parece una eternidad, pasar las páginas para Bess; la experiencia es tan desagradable como desconcertante. Bess preferiría que el hombre dejase de respirar así y, con todo, no está segura de si el problema es de él por hacerlo o de ella por no querer soportarlo. Está siendo amable con ella; le está permitiendo ver los libros sin pagar la cuota de nueve chelines. Quizá siempre respira de esa manera temblorosa en la cara de los demás. Quizá no puede evitarlo, quizá es porque se ve obligado a inclinarse en una postura un tanto incómoda; quizá sería una falta de respeto y una muestra de ingratitud apartarse. Así que Bess se queda muy quieta y no se aparta, ni siquiera un centímetro, por si el bibliotecario considera que está siendo grosera y le arranca el libro de las manos. En lo que parece una eternidad Bess lee mientras él sigue inclinado sobre ella, pero lo único que Bess desea es que el hombre se vaya de allí y la deje sola, cosa que finalmente hace.

Finalmente regresa a la amplia mesa que tiene en el pasillo junto a las puertas de entrada y Bess puede permanecer tranquila en la sala de lectura de la biblioteca.

La niña vuelve siempre que puede. Siempre que su tía Julie está ocupada con el párroco o con la señora Lott o con algún enfermo, Bess regresa a hojear las páginas de los grandes libros de la expedición, hasta que una tarde, con el sol asomando por los altos ventanales, se queda dormida con una mejilla sobre uno de los volúmenes donde se recoge el fabuloso viaje.

Bess le huele antes incluso de abrir los ojos, es una peste a cerrado, a ropa vieja, unida a alguna otra clase de olor animal o humano que no puede definir ni nombrar aunque está segura de haberlo olido antes. Le arden las mejillas y una de ellas se le ha quedado señalada con el arrugado dibujo de la página porque al quedarse dormida la ha doblado un poquito y también, como puede ver presa del horror, ha dejado caer en ella algo de saliva. El corazón le late con fuerza y tiene miedo de lo que el gordo pueda hacer, quizá gritarle delante de los demás suscriptores por arruinarle aquel precioso libro y decirle que se vaya y que no vuelva más. Pero, muy al contrario, se inclina hacia ella.

Tiene otro libro entre los dedos; lo sujeta suavemente y se lo pone delante de la cara.

—Toma —dice—. Es un libro para niños.

Hay dibujos de un hombre en un caballo alado y una mujer con la cabeza llena de serpientes; historias sobre un gigante con un solo ojo y un hombre con un arpa de oro que desciende al interior de la tierra para recuperar a su amada.

Cuando se marcha —tía Julie habrá terminado ya y estará enfilando sus pasos desde la casa de los Lott hasta la biblioteca— el hombre le pregunta si le ha gustado el nuevo libro.

—Sí.

Tiene más, dice, en una habitación especial, por si le apetece ir. Bess vacila ante la puerta, pensando en los tesoros que el lugar esconderá, pero el hombre está ahora a su lado con ese olor tan raro y su respiración temblorosa, más cerca de lo que una persona por lo general suele estar de otra, o eso le parece a Bess, y cuando ambos se adentran en la oscuridad, siente la mano del hombre en el trasero. Corre.

Tras aquello Bess se muestra más cautelosa hacia Elmer Jackson, que unas semanas atrás le trazó un círculo con el pulgar en la mano mientras su tía Julie estaba de espaldas. Después de lo de hoy y el bibliotecario, Bess está segura de que Elmer Jackson no va a tardar mucho en tratar de ponerle una mano en el trasero.

Se vuelve temerosa, asustadiza. Le resulta más difícil disfrutar del mundo; se siente más inquieta y miedosa. Desearía que su padre no se hubiera marchado y que su madre no se hubiera muerto. «Tienes a tía Julie», intenta decirse a sí misma, pero tía Julie no parece la clase de persona dispuesta a protegerla. Tía Julie siempre está invitando a Elmer Jackson a la casa y le prepara la cena y la taza de café, o sale a sus reuniones con el párroco o a llevar comida a los enfermos o a visitar a la madre de Sidney Lott, Helen.

—Tengo doce años —dice Bess en voz alta para sí misma—. Soy

demasiado joven como para no tener a alguien que me proteja.

Bess empieza a dejarse llevar por ensueños en los que su padre regresa a casa, en los que llegará allí muy pronto.

Bess empieza a dejarse llevar por ensueños en los que su padre ya no está muy lejos.

Bess empieza a dejarse llevar por ensueños en los que, mientras ha estado fuera, su padre no sólo ha conseguido encontrar a los grandes monstruos que buscaba sino también a su madre.

Al igual que el hombre del arpa de oro, él vendrá con ella, si bien será más astuto que el hombre del arpa de oro y no mirará atrás, seguirá y seguirá su camino hasta que ambos estén en casa. Bess asomará desde el porche y ellos irán hacia ella por el sendero de piedra que se extiende ante la casa y se quedarán allí y cuidarán de ella y la mantendrán a salvo del hombre de las gafas y de Elmer Jackson.

Bess no conserva ningún recuerdo de su madre.

Su dedal y sus agujas de punto solían estar en un cajón en la mesa cuadrada de pino. Unos pequeños nudos de madera decoraban los extremos romos de las agujas, que eran largas y finas y frías. Bess tiene unas medias que fueron tejidas con esas agujas, y puede ver cómo se hicieron sus cuidadas costuras, los espacios vacíos creados por las agujas. Las medias ya no son lo bastante grandes para cubrirle los pies, pero en el invierno cuando hace mucho frío por las mañanas y la estufa no ha prendido del todo a veces se las pone en las manos y va así por la casa.

Sin embargo, Bess conoce a su difunta madre sobre todo por su camisa de rayas, que solía estar colgada de la puerta del dormitorio de su padre, detrás de la camisa de los domingos y los pantalones negros que Bellman vestía para ir a Lewistown. Hasta donde es capaz de recordar, Bess siempre ha sentido una enorme curiosidad hacia ella, y cada vez son más las veces en que espera que lo que el pastor de la iglesia y su tía Julie dicen sea cierto: que ahora su madre vive en otro reino. Un reino con una estrecha puertecilla y muchas mansiones, con fuentes de agua de vida, lejos del calor opresivo y de la noche. En una ocasión le preguntó a su padre si lo que el pastor de la iglesia y su tía Julie decían era verdad y realmente su madre vivía ahora en

otro reino, a lo que su padre dijo: «Oh, Bess, no lo sé», pero sus ojos tenían una expresión vacía y además ya había pasado mucho tiempo desde la última vez que acudió con ellos a la iglesia, así que Bess razonó que lo que su padre quiso decir con eso es que no era cierto.

Aun así, Bess pensaba a menudo en ello, en ese otro reino, y algunas mañanas daba la impresión de que aquel reino se mezclaba entre el sueño y la vigilia con las imágenes del oeste que ella tenía en su mente, los lugares a los que había ido su padre y ella imaginaba como una tierra de hierba ondulante y cielos azules y montañas distantes y escarpadas, una tierra donde las cosas que estaban muertas en Pensilvania y Kentucky allí seguían vivas.

Hubo ocasiones en que Bess se dejaba llevar por la posibilidad de que su padre hubiera tomado la blusa de su madre no para poder negociar con los indios, sino para que su madre tuviera algo bonito que ponerse cuando la encontrase; que las agujas de zurcir y el dedal de cobre estaban allí para que tuviese algo que hacer durante el largo viaje de regreso a casa.

De lo que Devereux, el vendedor de pieles, acababa de acordarse era de que había prometido enviar las cartas.

«Por supuesto», se veía diciendo a sí mismo. La visión del poco agraciado indio le había refrescado la memoria y le recordó lo que había prometido: que se aseguraría de enviar las cartas.

Había dicho que se las entregaría a otro comerciante, el señor Hollinghurst, que marcharía al este en cosa de un mes. El señor Hollinghurst las llevaría hasta Saint Charles y él mismo se encargaría de enviarlas desde allí.

«Gracias —había dicho el hombre—. Es usted muy amable.»

Por cierto, ¿cuál era su nombre? ¿Bowman? ¿Bowper? ¿Belper?

Un tipo enorme, de andares pesados y lentos, con una larga barba rectangular, que se había dejado caer por allí la primavera pasada. Un sombrero de copa negro remataba su espesa cabellera roja.

No, no era Belper. Era Bellman. Sí.

Su nombre era Bellman.

Había dicho que las cartas eran para su hija, que tenía diez años, no, once, y que por un tiempo, mientras él estuviera fuera, viviría al cuidado de su hermana, que podía ser bastante brusca pero cuando resultaba preciso también era una buena mujer que merecía su aprecio.

Devereux recordaba haber preguntado al hombre qué le había llevado tan

lejos de casa, ¿placer o negocios? El hombre guardó silencio un momento, como si no estuviera seguro de qué responder a aquello, y entonces se describió a sí mismo como «una especie de explorador».

¡Una especie de explorador!

¿Esperaba demostrar, le había preguntado Devereux con un guiño, que la expedición del presidente se había equivocado y descubrir un río bien situado que ésta habría pasado por alto? ¿Aspiraba a encontrar un cómodo paso de agua que evitara las montañas y que le llevaría a él y a cualquiera que pretendiera ir allí hasta el océano Pacífico?

El hombre del cabello rojo rio suavemente y sacudió la cabeza. Dejó caer una mano ancha y reprobatoria sobre su pecho. No, no, nada de eso, aunque daba la casualidad de que había leído los diarios de la expedición del presidente y estaba convencido de la existencia de ciertas cosas de gran tamaño que los dos intrépidos capitanes y sus hombres podrían no haber visto.

Devereux miraba ahora al indio.

Vestía el abrigo de lana marrón del hombre y su sombrero de copa negro, y bajo el abrigo llevaba lo que parecía una blusa de mujer, rosa y blanca. No veía el caballo pardo por ninguna parte, y al que tomaba de las riendas era al caballo negro de aquel tipo. Tenía unas cintas en el cabello y en el cuello unos colgantes de abalorios de diversos colores. De una de sus orejas pendían una campanita y un dedal de costura, y, por lo que el vendedor de pieles acertó a ver, llevaba las dos pistolas de Bellman, su hacha, su cuchillo, su manta enrollada, su enorme caja de latón y sus diversas bolsas y enseres.

Hasta ese preciso momento, Devereux se había olvidado por completo de aquel loco aventurero del cabello rojo.

Sólo la visión del chico cabalgando hasta la tienda, vestido con las ropas del tipo y montado en su caballo, le hizo recordar su encuentro.

Apenas había pensado en Bellman desde la mañana de su partida: recordaba al chico *shawnee* de piernas estevadas corriendo tras él cargado con la carne de búfalo y el pescado deshidratado y aquel enorme alijo de esos pastelillos hechos de raíces que los indios cocinan, y que a Devereux no le gustaban demasiado pero que siempre estaba bien tener a mano en caso de

emergencia.

Levantó el mosquete hasta la altura del hombro y presionó con él la mejilla del chico, arrancó el sombrero de Bellman de su engalanada cabeza y lo dejó en el suelo, y con una bota hizo una indicación al chico para que abriese las bolsas y la caja de latón y le mostrase los restantes vestigios de la aventura de Bellman. Apretó un poco más el cañón del mosquete en la cara del chico.

—¿Qué ha pasado?

Mucho tiempo atrás cuando viajaba sin compañía siguiendo el río Misuri, hubo un fraile español al que le habló de su viaje, de lo que estaba buscando.

El monje, delgado y medio calvo, había escuchado asintiendo cuanto Bellman le contó acerca de lo que se sabía y se ignoraba de los huesos: que muy probablemente eran bastante antiguos; que eran de un tamaño enorme; que parecían pertenecer a una especie de bestias gigantes que nadie había visto antes; que a algunas personas se les antojaba posible, él incluido, que tales bestias pudieran seguir rondando los vastos y vacíos territorios que se extendían más allá del Misisipi.

Al fraile su tosco y blanquecino atuendo le colgaba hasta los tobillos, sobre los pies desnudos. Sus manos eran menudas y morenas, de uñas cortas y sucias. Tenía un rostro muy agradable, de expresión amable y serena. Oteaba a lo lejos la larga y casi imperceptible curva que tomaba el río en dirección oeste.

—Los encontrarás —le había dicho con tranquila convicción—. Dios nunca permitiría que una sola de sus criaturas fuera aniquilada. Nuestro mundo y cada parte y partícula que lo componen proceden de las manos del Creador con la perfección que Él quiso que tuviera, y continuará exactamente en ese mismo estado hasta su disolución final.

Bellman no había sabido qué decir.

Era fácil burlarse de la gente por su religión, y resultaba muy grosero, por

no decir ingrato dada la promesa que había hecho el fraile de llevar consigo el paquete de cartas dirigidas a Bess en su regreso a San Luis, mostrar su desacuerdo.

No quería decirle que no se sentía inclinado a creer una palabra de lo que el fraile había dicho; que no creía que alguien o algo, y eso incluía a aquellos animales gigantescos, tuviera que agradecerle a Dios su existencia o su no existencia.

Le parecía descortés explicarle que había pasado mucho tiempo desde la última vez que había puesto un pie en algo similar a una iglesia; que hacía ya años de aquel domingo en que acompañó a su hermana y a su hija hasta la puerta y allí las dejó.

Se hizo el silencio entre ambos. Podía escucharse el rítmico chapoteo de la corriente sobre el bajo pretil de madera de la chalana a medida que los remeros se abrían camino en el agua para llevarlos con mucho esfuerzo río arriba.

Quizá el fraile había percibido la incomodidad de Bellman, incluso su falta de fe. Le había dicho que se aseguraría de dejar las cartas en la estafeta de San Luis tan pronto llegase allí.

—Gracias —fue la respuesta de Bellman.

Parecía que había pasado mucho tiempo desde aquel encuentro con el fraile, un suceso ya tan remoto que casi pertenecía a otro mundo. Se figuraba que desde entonces habían recorrido más de mil quinientos kilómetros el chico y él; quizá un poco más.

Desde que se separaron de Devereux habían soportado juntos toda clase de inclemencias, todo tipo de paisajes y tierras. Aquel primer estío en que comenzaron a seguir la corriente del río hacia el norte y el oeste vio unas cuantas semanas de cielos despejados y brisas cálidas y luego nada salvo una lluvia interminable: nada más que agua cayendo a mares sobre el cabello negro del chico y la enorme esponja que era el abrigo de Bellman y el maltrecho espinazo de los caballos, que parecía cubierto de grasa; el chico desenrollando unas calzas y una chaqueta para cubrir su cuerpo contrahecho

y medio desnudo; los dos marchando con frecuencia a pie, pues hacía demasiado frío para ir mucho tiempo a caballo.

Después llegó el verano, y con él enjambres de diminutos jejenes y mordedoras moscas y mosquitos, y aquel suelo duro, horneado, que era como el lecho de clavos de un gigante, terrones del tamaño de un puño encastrados allí por las pezuñas de un millón de búfalos. Días interminables, cabalgando o marchando a pie bajo el sol ardiente, el chico vestido otra vez con su taparrabos, la enorme sombra de Bellman y la menuda y retorcida del chico, las imponentes siluetas de los caballos. Los calcetines de Bellman hacía mucho que habían quedado reducidos a nada, y de tan hinchados y grises sus pies parecían periódicos húmedos, viejos, dentro de sus botas llenas de agujeros.

Invierno, días eternos en los que rastreaban cada lugar hasta la caída de la noche buscando algo que comer, cuando nada vivo crecía en los arbustos o en los árboles y se alimentaban de cortezas y raicillas y a veces de alguna rana toro que el chico desenterraba de aquel lodo helado.

Bellman se arrancaba tiras de su camisa y ataba los trozos de tela a los árboles, confiando en delatar su presencia a los nativos que había en aquellas tierras salvajes y cuya excesiva timidez les impedía mostrarse ante él. Devereux le había dicho que lo hiciera: que la tela haría saber a los salvajes que Bellman no pretendía hacerles daño, y además les animaría a acercarse y ver los bienes que tenía para ofrecerles. Lo más común era que nadie se acercase, y Bellman se lamentaba de la pérdida de tantos trozos de su camisa, pero había ocasiones en que un pequeño grupo abandonaba el refugio de los árboles, unos cuantos hombres y algunas mujeres, niños. Anciana de Allá Lejos se retiraba entonces para observar a Bellman y a aquellos desconocidos nativos proceder con las negociaciones: los nativos charlando en su idioma particular, Bellman mostrando sus armas para que no se tomasen confianzas, ofreciéndoles a su vez un poco de tabaco o una lima de metal a cambio de una brazada de pasteles o algún pescado; el chico se mantenía alerta y en guardia, como si no hubiera nadie en todo el mundo en quien confiara salvo en él mismo; aquel procedimiento siempre se veía rematado por los dibujos que Bellman trazaba en la arena de alguno de sus enormes monstruos, de la

idea que tenía de ellos, de sus largas patas y colmillos, y abría los brazos y señalaba a las copas de los árboles para denotar su imponente tamaño, el deseo también de saber si los indios tenían algún conocimiento de lo que acababa de mostrarles. Las miradas ausentes de éstos; su forma de desvanecerse otra vez de regreso a los bosques, y, tras aquello, una gélida y sempiterna capa de nieve sobre el rostro de Bellman y sobre el del chico, la aguanieve convertida en una capa de hielo en la parte superior de sus hombros y en el lomo de los caballos, en el arrebuñado fardo de los enseres de Bellman; Bellman, que empezaba a mostrarse reluciente a arrancar incluso la más menuda tira de tela de sus ropas con aquel frío.

Sobre todo caminaban. Las pezuñas de los caballos, heridas por rocas ocultas y los tocones de los árboles, estaban en carne viva. El chico les hizo unos protectores para la piel, que los animales llevaban como un par de pequeñas medias amarillas a juego que les cubrían de parte a parte.

Y entonces otra vez la primavera y un nuevo río, y más pescado, de pronto, del que Bellman y el chico podían comer, el chico cogiéndolos y secándolos y majando los que no se comían y luego guardándolos en sus sacos; ambos de nuevo en marcha hasta que una hermosa mañana Bellman dejó el campamento para lavarse en el río junto con sus ropas: Bellman desnudándose y sumergiendo lo que quedaba de su gastada camisa y sus largos calzones y sus pantalones en el agua, frotando aquellas prendas malolientes y hechas jirones contra las piedras.

—¡Anciana! —gritó a través de los árboles mientras regresaba al campamento—. ¡Ven!

Era tan agradable sentirse limpio... En más de una ocasión en el transcurso de su largo viaje había tratado de persuadir al muchacho para que lavase el pañuelo, que era la única pieza de lino que poseía, y que llevaba cogido a la pretina de cuero, pero no se separaba de él. Con todo, Bellman estaba seguro de que el chico se lavaría aquel día, allí, en ese nuevo río y en esa fresca mañana de primavera.

—¡Ven! —gritó de nuevo entre los árboles, pero Anciana de Allá Lejos no aparecía, y cuando Bellman regresó a su campamento, desnudo y con el agua goteando de su cabello y su barba, el chico se hallaba sentado en una

enorme piedra y llevaba puesto el sombrero de Bellman.

Bellman se detuvo a poca distancia y dejó caer su fardo de ropa empapada. Levantó un dedo como una institutriz:

—No —advirtió en tono severo—. De ninguna manera, no.

Agarró airadamente el sombrero de la cabeza del chico y se lo colocó con firmeza en la suya.

Alargó un brazo y bruscamente tomó los diferentes colgantes del chico y los sacudió hasta hacerlos tintinear. Tiró de las cintas que adornaban su cabello, del trozo de espejo que colgaba de su oreja.

—Tuyo —dijo en voz alta.

Señaló el pañuelo blanco e increíblemente sucio que el chico llevaba cogido a la cintura por aquella pobre prenda que cubría sus partes pudendas.

—Tuyo también.

Luego hizo un gesto que abarcó el campamento, señalando el caballo negro y el caballo pardo, la caja de latón y sus ropas húmedas y recién lavadas, la manta que habían olvidado el día que se precipitaron por las cataratas y que de vez en cuando prestaba al chico cuando hacía mucho frío, sus restantes bolsos y fardos. Se llevó sus largos dedos al ala del sombrero.

—Mío.

Tomó su cuchillo del cinturón que llevaba en los pantalones mojados y recogió su hacha y sus pistolas y su abrigo con el tintero de metal engastado al cuello, y con todo aquello desbordándole acercó los brazos a la cara del chico.

—Mío también —dijo con calma—. ¿Entiendes?

Se encorvó, de manera que su enorme rostro barbado quedó a la altura del rostro del chico.

—¿Puedes decir «Sí, entiendo»? ¿Puedes?

Ahucó una mano detrás de la oreja, exagerando el gesto.

—Tuyo. Mío. ¿Sí? —Todavía ahuecaba teatralmente la mano tras la oreja, a la espera de una respuesta.

El chico guardaba silencio y Bellman sacudió la cabeza.

—Estoy por llamar a esto, Anciana, campamento Decepción.

El chico siguió ahí plantado, en silencio. Devolvía a Bellman la mirada

con unos ojos fríos y oscuros, y Bellman no tenía la menor idea de lo que Anciana estaba pensando.

Durante el resto del día el chico evitó la mirada de Bellman, y aquél fue el momento en que Bellman empezó a inquietarse pensando que a Anciana de Allá Lejos ya no le agradaba seguir bajo las condiciones de su acuerdo; que quería más.

Esa noche, cuando comieron, Bellman ofreció al chico una ración de lo que tenían ligeramente mayor de lo habitual.

—Vamos a olvidar este día —dijo con una serie de gestos que, junto a su tono conciliador, esperaba que sirvieran para explicar lo que pretendía decir—. Haremos como si nunca hubiera ocurrido.

Le tendió un trocito de espejo y una de las agujas de tejer de Elsie.

—Toma. Puedes quedarte esto.

Las manos del chico atraparon aquellos objetos, y Bellman asintió.

En Carter's, la hermana de Bellman, Julie, trataba de decidirse entre un par de medias marrones y otro par azul marino. Eran más caras que cualquier prenda que hubiera comprado nunca, y jamás en su vida había llevado unas medias que no hubiera hecho ella misma. Pero últimamente había empezado a reparar en las medias de mujeres como Helen Lott, o la esposa del maestro de escuela. Había reparado en que no se bajaban formando arrugas en la parte superior de las botas como sí lo hacían las suyas.

Al final se decidió por las marrones.

Carter las envolvió en papel y dedicó a la mujer una mirada de curiosidad que ella fingió no ver. Julie le pidió que añadiera medio kilo de albaricoques.

Por la noche haría una tarta de albaricoque para Elmer Jackson cuando éste hubiera terminado de trabajar en las tierras.

Había empezado a mirarle de otro modo desde la marcha de Cy, y Elmer Jackson había acudido casi a diario a la casa, y cada noche los dos pasaban un rato sentados a la mesa después de que Bess se hubiera ido a la cama.

Llevaba el anillo de Elsie cosido al bolsillo de su falda. No le parecía mal pensar ahora en él como propio.

Todo aquello le sorprendía; era algo que siempre había esperado pero que nunca había ocurrido.

Mientras tanto en Lewistown aquel verano el bibliotecario recibió cuatro nuevas lámparas de metal con pantallas de cristal verde para la sala de lecturas. También llegó desde Harrisburg un nuevo retrato del presidente enmarcado en roble negro, el cual, con ayuda del menor de los Carter, que vivían en el otro lado de la calle, colgó en la pared del vestíbulo frente a las puertas de entrada.

A menudo veía a la niña a través de los ventanales de la biblioteca junto a la estirada de su tía y aquel desaseado ayudante que parecía acompañarlas con más y más frecuencia esos días cada vez que acudían al pueblo.

No le cabía la menor duda de que la niña seguía deseando conocer cualquier cosa relacionada con el viaje de su padre. Lo notaba en el modo en que se sentaba en el borde de aquella rígida silla para seguir con un dedo las palabras y los mapas que había en las páginas de los diarios, con la boca ligeramente abierta.

Tampoco dudaba de que le interesaría lo que había encontrado.

Estaba allí, en una de esas revistas antiguas: era un breve artículo acerca de los enormes fósiles de Kentucky, el cual incluía un dibujo bajo el comentario. Un dibujo que —si de veras fuera posible reunir los trozos dispares y los fragmentos en un esqueleto completo, revestido de la carne o la piel apropiadas— mostraría el aspecto que aquellas criaturas podían tener.

Era algo muy cómico de ver, tan cómico que se lo enseñó a su mujer: algo a medio camino entre un gigantesco jabalí y un caballo gordísimo de orejitas menudas como las de un roedor o una oveja y con un par de colmillos colgantes, curvados hacia atrás.

Pensó que, tras lo ocurrido la última vez, no era muy probable que la chica regresara a la biblioteca.

Sin embargo, en el pasado siempre había tenido ocasión de comprobar que un fracaso no necesariamente significaba el final de algo. Siempre terminaban surgiendo otras oportunidades, uno sólo tenía que estar en guardia para esperarlas, y él ahora impartía clases para niños en la iglesia, una ayuda que el pastor agradecía; era posible que la niña decidiera algún día unirse a él y a los otros niños en la sala de atrás, mientras el pastor y los miembros adultos de la congregación como su propia esposa y la tía de la niña se

dedicaban a lo suyo.

Guardaba el dibujo de aquel monstruo ridículo en el bolsillo interior de su chaleco. Se lo mostraría en el momento adecuado; le daría un poco, y le prometería mucho más.

Empezaba a temer que nunca los encontraría.

Que a lo mejor ya no estaban allí. Que fuera cual fuese el misterio que rodeaba su desaparición, éste se hallaba enterrado en la tierra salobre y sulfúrea del este junto con ese pecio de colmillos y huesos acerca de cuya existencia había leído en el periódico; que, fuera cual fuese aquel misterio, no iba a ser él quien lo descubriera.

Había habido algún que otro momento, no tanto tiempo atrás, en que estuvo convencido de que al fin los habían encontrado: un movimiento repentino, brusco, delante de ellos, una frenética perturbación en los árboles, las ramas que crujían y se apartaban, una cascada de hojarasca, una sacudida y un silbido y una suerte de ruidoso mascado.

Hacía entonces una indicación al chico para que se detuviese, los dedos en los labios y el corazón latiéndole con todas sus fuerzas al ver aquellos árboles que sacudían sus hojas y sus ramas, las ramitas que caían, y de pronto..., oh.

Nada más que el viento.

Nada más que el trueno al restallar, y la lluvia al precipitarse, y el relámpago a lo lejos: un espectáculo de luz blanca crepitando en el cielo ennegrecido.

Comenzaba a sentir que podía haber echado a perder su vida en aquel viaje, que tendría que haberse quedado en casa con lo pequeño conocido en

lugar de ir por ahí en busca de lo inmenso por conocer.

Ahora había veces en que se detenía a mirar a su alrededor las fantásticas rocas y las trémulas hierbas y se preguntaba cómo era posible que él estuviera allí, en aquel lugar. Había veces en que de la tierra surgían vapores en retorcidos penachos, en que las suntuosas llanuras que los rodeaban resplandecían y flotaban como el océano bajo aquellas rocas esculpidas.

Una mañana ya se habían puesto en marcha cuando Bellman se detuvo tras dar unos pocos pasos, abrumado por ese líquido centelleo procedente del vacío que tenían ante sí:

—En ocasiones, Anciana —dijo en voz baja—, siento que estoy en pleno mar.

La aparición intermitente de nativos, por más que para entonces ya fuera algo esperado, no dejaba de sorprender a Bellman: la presencia de gente en la vasta inmensidad que los rodeaba. Aun cuando ya se había acostumbrado al ritmo de su viaje, a que él y el chico pudieran viajar durante un mes sin ver a nadie y luego, sin previo aviso, se toparan con un enorme campamento, o un grupo de salvajes caminando o pescando. Niños ruidosos y hombres cuyos cuerpos relucían de carbón y grasa, mujeres cargadas como mulas con fardos de carne de búfalo. Una gran masa constituida por la unión de todos ellos, extraña e indiferenciada, que se materializaba de pronto entre los árboles y la ordinaria hierba, las rocas y los ríos, bajo aquel enorme cielo. Todos ellos deseosos de tocar su cabello rojo. La mitad como hechizados por su brújula, la otra mitad intentando examinar su cuchillo y el contenido de su cofre de latón. Todos amedrentados por sus pistolas y deseosos de intercambiar un poco de carne cruda por alguno de sus tesoros.

Cada vez con mayor frecuencia se sorprendía pensando en su achaparrada casita de tres habitaciones y su prado rodeado por la cerca, el sendero de piedras que daba al frente, la dejada casucha de Elmer Jackson al este, más allá del bosquecillo de arces, la bonita casa de ladrillo de los Lott y un poco más al norte el limpio y cumplido hogar de Julie, que había cerrado a cal y canto para cuidar de Bess. Pensaba en el camino que daba al pueblo. La breve calle principal, con sus tiendas y tabernas, el local de Carter y la biblioteca, la iglesia y la casa del pastor. Imaginaba a las personas que conocía, que

seguían haciendo allí sus vidas.

Para animarse a seguir adelante, pensaba en su historia favorita entre las que recogían los diarios de la expedición del presidente: el mayor de los dos oficiales, el capitán Clark, había llevado consigo un sirviente negro, un sujeto fornido, de hechuras perfectas, llamado York. Tan fascinados estaban los indios con la extraordinaria persona de York, tan impacientes por tocar su piel de carbón y aquel cabello corto que les recordaba al musgo para ver si era real, tan deseosos de estar a su lado, que la expedición no pudo sino preocuparse por su seguridad, temerosa de que los nativos pudieran intentar arrebatárselo. Al final, su curiosidad y su asombro fueron tan grandes que hicieron otra cosa: enviaron a una de sus mujeres a acostarse con él, porque sentían el irresistible deseo de tener en propiedad un niño negro aunque sólo lo fuera en parte. Un recuerdo perdurable de que ese York había estado realmente entre ellos.

A Bellman le encantaba esa historia, se sentía fortalecido por ella: la noción de que, más allá de la idea que uno pudiera tener del mundo conocido, siempre había cosas ahí fuera con las que no había soñado.

Observaba al chico cabalgando por delante de él y se preguntaba si alguna vez habría visto un humano negro, en la época en que estuvo con Devereux o antes, y en caso contrario qué haría si se topase con uno. Si echaría mano del arco, o si se escondería aterrorizado bajo el algodonero más próximo, o si se llevaría un dedo a la boca y tocaría aquella piel negra para ver si se le quitaba la pintura.

Por la noche, a la luz del fuego, veía las sombras cruzar el rostro iluminado del muchacho, que a sus ojos era algo al mismo tiempo joven y muy antiguo, y se preguntaba: «¿Qué se siente al ser tú?». Sentía de nuevo el mareante peso de todo el misterio de la tierra y cuanto había en ella y más allá de ella. Sentía el resurgir de su curiosidad y de su anhelo, y al mismo tiempo sentía un temor cada vez mayor a no encontrar jamás aquello que había ido a buscar, a que los monstruos, después de todo, pudieran no estar allí.

Pasó un dedo por el motivo floral que recorría la circunferencia del dedal de Elsie, redondo como el mundo, y quiso estar otra vez en casa. Frotó con el

pulgar aquel metal verdusco, apagado, y cerró los ojos y pensó en Bess y formuló un deseo; abrió los ojos para ver el desierto sin árboles al que habían llegado y al chico yendo de un lado a otro del campamento, ordenando las cosas e inclinándose sobre la tetera que había en el fuego.

Trató de acallar sus dudas. Seguir pensando en las enormes bestias y preguntarse las mismas cosas acerca de ellas mientras continuaban su marcha.

¿Eran fieras o mansas?

¿Solitarias o sociables?

¿Copulaban para tener descendencia?

¿Se reproducían fácilmente o con dificultad?

¿Cuidaban a los más jóvenes?

Pero estos últimos pensamientos, cuando le sobrevenían, suscitaban ahora en él una punzada, un dolor, y se sorprendió al ver que en todos esos meses desde que abandonó el campamento del vendedor de pieles con el muchacho indio para proseguir su camino hacia el oeste cada vez pensaba menos en aquellas enormes criaturas y más y más en Bess. Se sorprendió de que le preocupara que, si se aventuraba más lejos, ya nunca nunca pudiera llegar a casa; se sorprendió preguntándose si no llegaría el día en que descubriese que por buscar a aquellos monstruos desaparecidos había pagado un precio demasiado alto.

—¿Que hiciste qué?

A veces escuchaba la voz de Elsie y al hacerlo se veía sumido en el intento de explicarse: por qué le había parecido tan importante ir allí y por qué no le había parecido terrible alejarse de Bess durante tanto tiempo.

Cuando se echaba con el abrigo puesto junto al fuego, apartado del chico, Bellman pensaba en su pequeña y veía imágenes suyas tras los párpados cerrados: Bess cuando nació; Bess acariciando el hocico de su burrita predilecta y susurrándole algo en sus enormes orejas; Bess diciéndole adiós, como un molino, desde el porche, el día en que se marchó.

¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Por lo menos un año. Quizá dos.

*En dos años tendré doce.
Doce, sí.*

Se preguntaba cómo estaría ya de alta, si se llevaría bien con Julie, y si le habría pasado algo interesante o importante en su vida desde que él se marchó; si ya estaría pensando en hacerse novia de su amigo Sidney Lott o si no sería aún demasiado pronto para eso; si las cartas le habrían llegado bien. Escribía a Bess más y más a menudo, cada semana y a veces más, para contarle que se encontraba bien y que seguía adelante, que esperaba que ya no le quedase mucho, que no tardaría en encontrarse con los animales y que después volvería a casa.

La marcha, sin embargo, se hacía muy dura. Durante largos trechos no había caza y apenas algo de leña. Bellman y Anciana de Allá Lejos pasaban hambre y no podían hacer fuego por las noches. Avanzaban entre hierba espinosa y cardos de tres metros de alto, entre estrechos desfiladeros cuyas rocas les oprimían por ambos lados. A su alrededor toda la tierra era un lugar estéril y desértico. Brillaba de carbón y sal.

Algunos días, por hacer algo, Bess cogía el mulo que tenía la mancha blanca en la frente y por el camino de piedra lo llevaba al arroyo. A veces lo montaba y a veces iba a pie, con el animal al lado. Aquel día Bess lo montó hasta el macizo de arces que separaba la casa y los pastos de Bellman de la casucha de Elmer Jackson allá a lo lejos, en la vertiente sur del arroyo. Alcanzó a ver la vaca que había frente a ese pequeño cobertizo que Elmer Jackson llamaba granero.

De pronto, el mulo se detuvo y no quiso seguir adelante.

Bess golpeó con el palito en las ancas del mulo y dijo «yip, yip», pero el mulo siguió sin moverse.

—¿Qué pasa?

Bess se protegió los ojos con la mano y miró hacia los árboles que se alzaban en la distancia.

Durante un minuto permaneció sentada sobre el mulo, y por entre los árboles asomó Elmer Jackson. Elmer Jackson se preguntó si aquélla podía ser su oportunidad. Dio unos pasos hacia delante pero, la verdad sea dicha, mostraba cierta cautela hacia el mulo. Era el más terco de los animales de Bellman, y tenía incluso peor carácter que la mula aquella que vendieron la anterior estación. Más de una vez le había visto encajar una rápida coza de trescientos sesenta grados en la grupa de un caballo con el que no se llevaba muy bien.

Vio que Bess hacía girar en redondo a aquella mala bestia, y no tardó mucho en desaparecer.

Jackson tragó saliva.

No sabía cómo iba a hacerlo, ni dónde.

Pero sería pronto, muy pronto.

Mediante una serie de gestos lentos, pausados, el chico comunicó a Bellman una mañana que si no alcanzaban pronto las montañas tendrían que detenerse y esperar a la primavera. Aún les quedaba mucho camino y si tardaban demasiado en llegar hasta ellas vendrían las nieves y no habría pastos para los caballos, con lo cual los caballos morirían y ellos también.

Bellman trató de imaginarse el aspecto de las montañas: una larga e ininterrumpida cadena de picos dentados, ensartada en un cielo inmenso.

Se sentía terriblemente indeciso: o seguía adelante con su búsqueda o daba todo aquel mal negocio por perdido y se volvía por donde había venido para iniciar el largo viaje de camino a casa.

No estaba seguro de querer pasar otro invierno allí. No podía imaginarse descubriendo nada más despertar que el agua de su tetera estaba helada como una roca blanca. No podía imaginarse viajando con una costra de hielo en cada prenda que llevaba, en la grupa de sus caballos, recubriendo sus bolsas y fardos. No podía imaginar el sonido húmedo de los cascos en la nieve.

Además, se le ocurría otra cosa.

¿Y si hibernaban?

Se le antojaba más que posible que aquellos enormes animales fueran del tipo que hiberna, que quisieran guarecerse en alguna cálida madriguera, suficientemente espaciosa, en la cual, como hacían los osos, buscarían refugio hasta que el clima mejorase.

Lo que significaría aguardar hasta la siguiente primavera para tener la posibilidad de verlos. Significaría abrirse paso a través de la nieve o construir una suerte de campamento semipermanente y cruzar los dedos para que al chico y a él no les faltase de comer. Ya había superado a duras penas dos largos e inexorables inviernos desde que abandonó su hogar, y no estaba seguro de que pudiera enfrentarse a otro más.

Encontraron un nuevo río, y durante un tiempo siguieron su curso.

Parecía llevarlos hacia el oeste, de modo que incluso si las grandes bestias estaban evitando el agua, Bellman llegó a la conclusión de que posiblemente el río los conduciría con mayor premura hasta algún hábitat más favorable.

Invierno. Aún parecía estar a un mundo de distancia. El calor se había vuelto más intenso y los mosquitos eran un tormento. A Bellman le sorprendió echar en falta la piragua de la que se habían deshecho en cuanto dejaron atrás el Misuri. Hubiera dado ahora cualquier cosa por meterse en aquella estrecha embarcación detrás del chico mientras Anciana de Allá Lejos remaba y remaba.

Comían pez majado y bulbos que el chico recogía con los pies del fondo de las charcas. Bellman, que todavía temía verle marchar, le dio un colgante de abalorios azules y dos campanillas y el dedal de cobre de Elsie y la otra aguja de tejer.

Después de varias semanas, las orillas de ambos lados del río comenzaron a achicarse hasta que casi se dejaron de ver: unos estrechos pasos de tierra y unos altísimos riscos los flanqueaban a cada lado. Caminaron por el agua, tirando de los caballos por las riendas. Después los riscos que había junto al río desaparecieron y el suelo se volvió más llano y ambos lo siguieron sobre sus monturas. Cuando Bellman se sentía demasiado dolorido para seguir cabalgando marchaba dando tumbos, con las piernas débiles, calzado con aquellas botas gastadas que paseaba sobre la tierra cocida.

Y entonces enfermó.

El pescado majado le producía vómitos, y hasta la porción más pequeña le hacía doblarse en espasmos. Sus excrementos eran de un terrible color

blanco, desmenuzados y secos. Ya no podía cazar. El chico se encargaba de todo. Como de costumbre, usaba su arco, pero también utilizaba las dos pistolas, y además llevaba ahora el cuchillo y el hacha, ambos prendidos a la cintura de su taparrabos. Se encargaba de despellejar y cortar la carne, incluso afiló las dos agujas de tejer para quitar con ellas la médula de los huesos.

La carne de Bellman parecía fundirse, y una mañana despertó en una isla en mitad del río donde Anciana de Allá Lejos había montado el campamento. Procedente de los bancales soplaba una fina arena, formando tales nubes que Bellman apenas podía ver. Observaba a través de unos ojos escoriados e hinchados cómo los sauces se mecían contra el cielo, incapaz de incorporarse.

Era consciente de los movimientos del chico por el campamento: podía sentir su presencia como una delicada sombra.

«¿Qué se siente al ser tú?», se preguntaba, contemplando al chico mientras éste llevaba a cabo sus tareas.

Bellman recordaba haber querido hacerle esa misma pregunta en una ocasión anterior, meses y meses y meses atrás, y ahora volvía a su mente desde aquel tiempo ya lejano. ¿Se lo había preguntado, de hecho, entonces? ¿Había formulado la pregunta en voz alta? Podía ser, no estaba seguro.

Si lo había hecho, y el chico le hubiese entendido, ¿cómo habría respondido a eso?

Es difícil decirlo.

El chico, al fin y al cabo, sólo tiene dieciocho años. Es un revoltijo de emociones.

Cabría decir que está enfadado con el pasado, pero que muestra ambición en lo tocante al futuro. No es fácil decir qué impulso resultará más fuerte, o si las dos cosas sencillamente están unidas en él y forman un todo inseparable: la esencia de quien es.

Quizá lo más cierto que se puede decir es que todo cuanto hace el chico lo hace con la esperanza de que suceda lo mejor.

Permanecieron allí una semana, y hacia la noche del séptimo día el chico

trajo una ardilla. La cocinó en la tetera de Bellman y la desmigajó con los dedos y dejó caer trocitos de carne en la ennegrecida boca de Bellman, pero Bellman se ahogaba y sufría arcadas.

Tendido aquella noche no dejaba de pensar en el largo camino que había realizado.

De sus distintos encuentros, uno regresaba continuamente a su memoria: el que vivió en una de las embarcaciones con el administrador de fincas holandés que había aceptado llevar algunas de sus cartas a San Luis. Bellman le había hablado de su búsqueda, y empleó al hacerlo las mismas palabras que había leído en el periódico: «Estoy buscando una criatura totalmente desconocida —dijo—, un *animal incognitum*».

Conocía las palabras sólo porque habían aparecido en el periódico, y ahora se preguntaba si no habría sonado demasiado pretencioso, engreído. Quizá sí. Fuera como fuese, el holandés debía de haberle contado a su esposa la conversación que mantuvieron, porque cuando a Bellman le llegó el momento de abandonar la enorme gabarra para seguir su camino, ella le gritó diciéndole que esperaba que alcanzase Cognitum antes del anochecer, que no se perdiese en el camino antes de llegar allí, y mientras Bellman cabalgaba podía escuchar su carcajada sonora, gorjeante.

¿Había cometido un error, en primer lugar, al ir a América? ¿Al arrastrar a Elsie por medio mundo para que fuera a morir en un lugar ignoto? ¿Debería haberse quedado en Inglaterra, en los estrechos caminos y lo que ahora le parecían las minúsculas colinas de su juventud, donde todo era pequeño, oscuro, amazotado, y donde Bellman había tenido aquel sentimiento en su interior de que explotaría si no escapaba de allí? Ya entonces tenía un poco de esa hormigueante sensación, el vértigo; ese echar en falta lo que nunca había visto y tampoco conocía.

El chico había empezado a vestirse con la blusa de Elsie; la mayor parte de los retales y las piezas que Bellman había llevado en el cofre de latón y en los dos fardos se los había dado al chico por temor a que sin ellos se alejase de él. Casi todas las cosas que Bellman había llevado consigo las tenía ahora el chico, incluyendo sus armas.

Bellman sentía que se iba volviendo más débil, y era cada vez más

frecuente que no supiera a las claras si dormía o velaba. Parecía haber olvidado el propósito de su viaje. Lo que tanto le había atormentado en la estrechez de su casa ya no acuciaba su mente. La posibilidad de que existieran aquellas enormes criaturas ya no turbaba sus días ni sus noches. En lo que ahora pensaba era en su hogar; Bess.

Allá en las cimas de su fiebre era capaz de sentir las lentas y ardientes oleadas de su sangre, palpitando contra algo que había en su interior. ¿Qué era? ¿Su vida? ¿Las cosas que habían sucedido en ella? ¿Todo cuanto había hecho y también lo que no había hecho? ¿Qué era aquello que podía sentir dentro de su ser?

Recordó el momento en que nació su hija, el latir del cuerpo de Elsie, aquel terrible limbo en que parecía que entre Elsie y él no iban a ser capaces de llevar a cabo aquella última parte: hacer que Bess naciese; y Bess suspendida, una mitad en el mundo y la otra engarzada todavía al interior del cuerpo de Elsie, oscilando entre la vida y la muerte, y entonces tuvo lugar esa formidable succión y ese tirón líquido y la niña salió por fin, llorando a gritos, viva.

Recordó las enfermedades que tuvo de niña: su pálida piel asediada por marcas costrosas, su garganta hinchada, aquella tos que sonaba como la de un animal salvaje, su lengua como una fresa, cubierta de pequeños bultitos, los pliegues de su piel enrojecida, enrojecida en la doblez de los codos y en las arrugas de su cuello. ¿Qué había hecho Elsie entonces? Había empleado agua fría y agua caliente, pero no era capaz de recordar por qué. Lo que sabía sin lugar a dudas era que Elsie se sentaba junto a ella y a menudo ponía una mano en la frente de Bess y la dejaba allí, como un peso constante.

Durmió y despertó y durmió otra vez, cantó antiguas canciones con las que había arrullado a Bess cuando ella era poco más que un delicado fardo acomodado en su hombro. Se había oscurecido su visión, había sombras y pequeñas nubes de un color cambiante que pensó que debía de ser la luz del sol, y árboles, y Anciana de Allá Lejos.

Quizá Julie estaba en lo cierto. Quizá esta vez debía hacer algo sensato, y aunque no creía que pudiera regresar a la iglesia, quizá podría encontrar una nueva esposa. Julie había mencionado el nombre de Mary Higson, la viuda

del herrero, en más de una ocasión. A lo mejor a su regreso debía casarse con Mary Higson, darle una madre a Bess, vivir los tres como una familia; a lo mejor debería sacar más partido a las mulas y ganar dinero suficiente para que Elmer Jackson trabajase para ellos a tiempo completo. En unos cuantos años, quizá, ir un poco más al oeste, a alguna bonita tierra fértil como aquellas por las que había pasado antes de cruzar el Misisipi. Diversificarse en alguna granja de cereales.

Había tantas maneras de decidir cómo vivir la vida... Sólo conseguía que la cabeza le diese vueltas al pensar en ellas. Le dolía en el corazón pensar que había elegido el camino equivocado.

Todo lo que parecía importante dejaba de serlo cuando aparecía algo más importante aún.

Se miró en uno de los pedacitos de espejo que todavía le quedaban en el cofre de latón y lanzó una carcajada. Tenía que adecentarse un poco. Visitar al barbero para darse un baño y afeitarse el bigote, cortarse la barba, que estaba sucia y era tan larga y espesa como para servir de escondrijo a una avecilla.

Ahora ya sólo podía permanecer tendido en el suelo y abrir los ojos de vez en cuando. Imágenes de su remota casa, de su alta y huesuda hermana, toda tiesa, plantada con una mano protectora sobre el hombro de Bess, flotaban ante él. Hablaba a rachas, en raptos. En un momento dado miró las armas que cruzaban el pecho del chico, su arco de nogal y las flechas rematadas por una piedra afilada que siempre llevaba en un carcaj alrededor del cuello y, aunque era consciente de que el chico no le entendería, le decía que él siempre había sido más de los que balaban que de los que batallaban, y entonces rio su propio chiste. Pensamientos sueltos, aislados, se congregaban y esparcían en su cerebro. En una ocasión dijo en voz alta que estaba seguro de que tenía que haber un patrón en las cosas que sin embargo era incapaz de ver. Después no volvió a hablar, y Anciana de Allá Lejos no consiguió despertarle. Cuando lo tocaba, su piel estaba a veces caliente y a veces fría, y el chico pensó que lo único que quedaba por hacer era cavar un agujero y mantenerlo caliente para que cuando el hombre despertase pudiera bajarlo hasta él y allí de pie hacerle aspirar el humo y el calor, pues eso lo reviviría.

Muchas veces a lo largo de su vida había visto que aquello funcionaba, pero cuando llegó el momento Bellman sólo recobró la consciencia a duras penas recobró la consciencia, lo justo para sentarse y colgar su brazo derecho del estrecho y hundido hombro del chico y verse medio arrastrado hasta el agujero, donde no encontró fuerzas para mantenerse en pie, y dado que por la manera en que el chico hacía las cosas era importante que Bellman mantuviese la espalda recta si quería que aquello funcionase, Bellman se apuntaló como pudo contra él, con el cuerpo medio doblado y tan delgado como el del chico. Sus clavículas crujieron al chocar entre sí y la cabeza de Bellman cayó sin fuerzas y descansó en la frágil horquilla del cuello del chico. La barba roja de Bellman rozaba el rostro del chico y el chico descubrió que aquello no le importaba. Ya no relacionaba a aquel enorme explorador con el enjuto hombre blanco del pasado. Durante una hora o así, el fuego exhaló su humo en el interior de la fosa, y por momentos pareció que iba a funcionar, pero al cabo de una hora Anciana de Allá Lejos sintió que la vida se había alejado de Bellman y que estaba solo.

—Vas a necesitar un vestido nuevo —dijo tía Julie— para la primavera.

Comprarán la tela en la tienda de Carter, dijo, una que fuera resistente y práctica, y le enseñaría a Bess a cortar las piezas y a unir las entre sí. Mientras tanto, Bess debía bajar el dobladillo de su actual vestido, que estaba lleno de remiendos y zurcidos y era un palmo más corto ahora que la coronilla de Bess sobresalía por encima del viejo reloj de pared.

Bess estaba sentada a la mesa, vestida sólo con sus enaguas. Había una raya oscura, encostrada de arena, allí donde había estado cosido el antiguo dobladillo. Quitó toda esa porquería con los dedos y alisó el tejido y cosió el nuevo dobladillo tan por debajo de la raya como era posible hacerlo.

—Y pasa el cepillo —gritó tía Julie desde el porche— para quitarle la tierra que dejaste ayer por tumbarte encima.

Durante toda la tarde del día anterior, Bess había permanecido en la parte de atrás, tirada en la húmeda y desigual tierra para observar mejor a un caracol que hacía su lento y obstinado camino por entre los tiesos hierbajos y sobre las piedras y sobre las hojas caídas y las ramitas podridas; observaba su rastro, serpenteante y plateado, y la forma en que parecía conocer, a saber cómo, adónde iba y cómo llegar allí.

Terminó el dobladillo con un nudo y arrancó el hilo de un mordisco. Dejó la tierra del día anterior y volvió a ponerse el vestido y salió a la calle.

Ahora pasaba los días recogiendo los huevos que las gallinas de tía Julie

ponían en el gallinero y en los pastos y en sus escondrijos favoritos de detrás de la casa.

La mayoría de las mañanas aquellos huevos eran lo único que su tía y ella comían, y una vez por semana llevaban los que habían sobrado al pueblo, donde Carter los compraba o los cambiaba por aceite o cordeles o sal o a veces una bolsa de fruta, en el caso de que tía Julie fuera a hacer una de sus tartas.

Le resultaba más difícil que antes vivir con tía Julie, porque aun cuando a Bess le gustaba tan poco como siempre, aquellos días sentía la necesidad de permanecer muy cerca de ella. Se sentía más segura teniendo a su tía a la vista; le alegraba que siempre estuviera en casa cuando acudía Elmer Jackson.

Entonces, una mañana, tía Julie dijo que la nueva vidriera de la iglesia había llegado en barco desde Banff, Escocia.

Había cruzado el océano Atlántico y había viajado tierra a través desde la costa en el interior de un vagón, protegido por un armazón de madera.

Una pequeña comitiva de bienvenida se preparaba para recibirlo, le había dicho tía Julie a Bess, pero sin niños: los vidrios pintados representaban a Moisés brillando en la luz, y sería terrible que hubiera hecho todo aquel viaje para que un mocoso maleducado lo redujera a añicos.

—No soy una niña, tía Julie.

—No, Bess, pero sigues siendo menor y el pastor ha dicho que no pueden ir personas que aún no hayan cumplido quince años.

Dijo que esperaba estar de vuelta antes de que oscureciese, pero si aquello se alargaba y ella se retrasaba Bess podía dejarle la cena en la mesa bajo un paño y acostarse sin esperarla. Al final del camino tía Julie se encontró con Helen Lott y su marido, Gardiner, y juntos emprendieron el largo paseo hacia la iglesia.

Elmer Jackson vio a Julie marcharse.

Aguardó un par de horas, por si resultaba que la tía había olvidado algo y se volvía por donde había venido. Después se puso su sombrero y se dirigió

hacia la casa; se detuvo ante la puerta que se abría a los pastos para asegurarse de que estaba cerrada, pues tenía el extraño presentimiento de que la mula preferida de la niña —aquella que coceaba de un modo tan violento como impredecible y que tenía una mancha blanca en la testuz— podría encontrar la manera de entrometerse en sus planes. Tiró de la cuerda que aseguraba la puerta y, satisfecho al comprobar que estaba en buenas condiciones, se volvió y enfiló sus pasos hacia la casa.

Había encendido un fuego y cavado una fosa, le dijo el chico a Devereux.

Había cogido en brazos al hombre blanco y le había hecho aspirar el humo pero aun así murió.

Lo había enterrado junto a su enorme silla de cuero, al lado de sus botas y un montón de papel sin usar, porque le pareció que era importante enterrarlo con algo que le hubiera pertenecido.

Todo lo demás, como el vendedor de pieles podía ver, lo había traído de vuelta: el cuchillo, el hacha, las dos pistolas, una lima de metal, el abrigo de lana marrón, los anzuelos y lo que quedaba del tabaco, la caja de latón con lo que restaba de sus tesoros, el sombrero de copa negro, la manta, la tetera, las dos bolsas de cuero, la cartera con su larga cinta y su hebilla, las hojas dibujadas y esas otras que tenían algo que se repetía y que era como dos colinas juntas y un ojo y dos serpientes idénticas, algo que a él le gustaba y que por su frecuente repetición consideraba que debía de poseer algún significado.

BessBessBessBessBessBessBessBessBessBessBessBess Bess

También se había quedado el caballo negro, de cola marrón, del muerto. El

suyo lo había intercambiado por comida en el viaje de vuelta porque durante mucho tiempo no hubo ni peces ni caza. Devereux vio que también tenía el pequeño recipiente de tinta, que había estado engastado a la solapa del abrigo del hombre; el chico lo llevaba detrás de la oreja, como una flor.

El vendedor de pieles empujó un poco más el mosquete en la mejilla del chico. No sabía qué creer. Le pisó la mano y oyó crujir sus huesos. El chico lanzó un grito.

—Vamos, dime la verdad. ¿Lo mataste?

—No.

Todo, dijo el chico, había ocurrido exactamente como decía.

Devereux gruñó.

Echó un vistazo a las páginas que habían sobrevivido a Bellman: sus dibujos de hierbas y flores y árboles, algún esporádico pájaro o criatura. Una liebre, un escuerzo, algún tipo de buitre. Había plantas secas entre las páginas, notas escritas en una serie de frases amazacotadas, repletas de faltas de ortografía, esbozos varios con líneas de puntos que establecían su ruta. Cartas a la hija. Ni la más mínima indicación de que hubiera encontrado a las colosales criaturas que había estado buscando.

Devereux volvía a ver en su mente los amplios y graves rasgos del hombre de cabello rojo, su barba espesa y rectangular, y se sintió conmovido.

Recordaba la seriedad con la que Bellman le había hablado de las grandes bestias, y su misión de encontrarlas, y se sintió extrañamente apesadumbrado por las noticias de su muerte. Las cartas rebosaban de una loca esperanza y algo parecido a una curiosidad trastornada, las últimas de las cuales, dirigidas a su hija, relataban la confianza de Bellman en encontrar muy pronto a los animales y emprender el camino de regreso. Tenía muchas ganas de verla, decían las cartas. Esperaba que su tía estuviera bien, y que Elmer Jackson no se empeñara en ser un vecino demasiado molesto.

El vendedor de pieles se sentó con aquella pila de notas y dibujos y echó un vistazo a las cosas que quedaban de la demencial búsqueda de aquel hombre. Algunas de las cartas dirigidas a la hija eran hojas sueltas, numeradas, con el nombre de la niña en la primera página. Otras ya estaban plegadas en gruesas dobleces, liadas y anudadas con un cordel, y tenían en la

parte frontal unas líneas que, en la amplia caligrafía de Bellman, describían la ubicación de su hogar en Estados Unidos. Todo ello produjo en la mente del comerciante la imagen de aquella niñita que aguardaba a que su padre regresase a casa, de esa ruda hermana entrada en años que tal vez fuera más delicada por dentro de lo que era por fuera. Recordó las cartas que había prometido enviar y de las que luego se olvidó por completo.

Bueno, ya se encargaría de remitirlas a Saint Charles junto con las nuevas, así como las notas y los dibujos, a través de Hollinghurst, cuando éste partiese.

Le dijo al chico que podía irse: podía quedarse la blusa y las cuentas de color rojo por las molestias que se había tomado. El abrigo y aquel bonito dedal de cobre se los tenía que quitar y dejarlos con todo lo demás en la pila que había junto al sombrero del muerto.

El chico le dedicó una mirada agresiva, malhumorada, y no se movió.

Dijo que las cosas del muerto eran tuyas, en pago por los servicios que le había prestado.

Devereux se pasó una mano por la cara y suspiró.

No, dijo, no lo eran. Ahora las cosas estaban bajo su custodia, todas salvo las cartas y los dibujos, que enviaría con el señor Hollinghurst quien, casualmente, se disponía a partir hacia el este por la mañana. El señor Hollinghurst haría todo lo que estuviese en su mano para devolvérselas a la hija.

El chico frunció la boca. Parecía muy ofendido. Dio un paso adelante. Dijo que si Devereux le permitía quedarse con la caja de tesoros de latón, y una de las dos pistolas y el hacha, y el sombrero de copa del muerto y su abrigo y la flor de metal con el pincho, iría él en lugar del señor Hollinghurst. Daría con el camino si alguien le describía cómo era. Llevaría todos los papeles y se los entregaría a la niña.

Devereux chasqueó los labios.

Se sentía culpable por no haber enviado las cartas, la verdad es que sí. Su madre lo hubiera llamado a eso pecar por omisión, y ahora sólo quería enmendar su error. Aun así, también veía lo que podía sacar por ese ajuar que el indio de piernas torcidas había llevado consigo. Ya estaba calculando el

número de pieles brillantes, oscuras, que podría obtener a cambio de todo ello cuando acabase la semana.

—No —dijo.

Le explicó al chico que no necesitaba sus servicios para hacer eso. El señor Hollinghurst haría lo que era preciso hacer.

—Ahora largo. Venga.

Pero el chico no se movió.

Dijo que lo haría por menos. Dijo que lo haría por una de las pistolas y las cuentas azules y la blusa y el abrigo y el sombrero de copa negro.

«Pero qué gente», pensó Devereux.

¿Había algo que no hicieran a cambio de un arma destartada y una prenda vistosa y un puñado de centelleante basura?

Miró al chico, sus hombros caídos y sus ojos oscuros, diminutos como semillas, miró sus cintas y sus cuentas y la mugrienta blusa de mujer que, según dijo, el muerto le había regalado por ayudarle en su viaje. Estaba más delgado que antes y muy sucio, y había algo inexpresablemente escabroso y grotesco en el hecho de que estuviera vestido con aquella vieja blusa de algodón. Un trocito de espejo colgaba de la punta de una de sus trenzas, cerca del dedal de cuero. Anudada a la otra pudo ver el ahora roñoso pañuelo que Bellman, tal y como Devereux recordaba, había entregado al chico cuando todo aquello empezó.

Devereux dudaba.

Oh, qué demonios.

Quizá sería más ventajoso que fuera el chico. Tenía la suficiente desenvoltura como para hacer pensar a Devereux que su opción era mejor que cualquier disposición que Hollinghurst pudiera realizar en Saint Charles —podría enviar las cartas a la dirección equivocada o dárselas a la persona que no debía o dejárselas allí y olvidarlas por segunda vez— y no quería que eso sucediese, la verdad es que no. Se sentía mal por no haber enviado las cartas de Bellman durante la primavera como había prometido. Era posible que el chico fuera un correo de mayor confianza que Hollinghurst.

—De acuerdo, éste es el trato.

En caso de ir al chico le correspondería el abrigo del muerto, así como el

último de sus tesoros: los trozos de cable de cobre y los restantes pañuelos y el espejo, una de las agujas de tejer pero no las dos, y todos los abalorios blancos y rojos que quedasen excepto los azules, y Devereux añadiría por su cuenta un poco de tabaco y una copita de ron. Y podía quedarse la blusa.

El chico no respondió. Se quedó allí plantado. Parecía darle vueltas a aquella propuesta en su cabeza. Dijo que lo haría si podía quedarse también una de las pistolas.

Devereux negó con la cabeza:

—No.

El sombrero entonces, dijo el chico.

¡Ah, el sombrero!

El vendedor de pieles miró al chico atentamente, preguntándose si no habría dejado el sombrero para el final porque era lo que más quería.

—Podrás quedarte el sombrero cuando vuelvas. Y la pistola.

La más antigua de las dos pistolas junto con el sombrero serían suyos a su regreso.

—*Entendu?*

El chico se miró los pies.

—*Entendu* —dijo en voz baja. «De acuerdo.» Era una de las pocas palabras en francés que conocía.

Entonces, usando la parte de atrás de uno de los dibujos del muerto y la tinta del pequeño recipiente que había tras la oreja del chico, Devereux escribió a Bess en inglés.

Dijo que esperaba que la devolución de las cartas y los papeles de su padre le supusiera algún consuelo.

Le pidió que no se olvidase de enviarle un breve escrito con el indio para confirmar que había recibido todo.

—Así me aseguraré de que has ido allí —le dijo al chico, levantando la vista hacia él mientras escribía el mensaje para Bess—. Así me aseguraré de que no has tirado las cartas de ese hombre al río y huido con todo este botín.

Entregó al chico la carta para Bess y le observó mientras la guardaba en la bolsa junto con las otras cartas.

—El señor Hollinghurst se va mañana a Saint Charles —anunció—.

Acompáñale y cuando estéis en Saint Charles el señor Hollinghurst te dará indicaciones para que sepas cómo hacer el resto del camino. —Se detuvo—. Puedes llevarte la brújula de ese hombre.

Devereux se inclinó y sacó del interior de la caja de latón aquel pequeño objeto, similar en tamaño a una ciruela, y lo puso en la mano del chico, explicándole la función que tenía y dando unos golpecitos con el dedo sobre aquel importantísimo lugar que debía seguir él con relación a la flecha.

—No es un regalo —dijo—. Es un préstamo y me lo devolverás cuando regreses con el trozo de papel que te dará la niña.

El indio de hombros estrechos volvió la brújula sobre su mano. Devereux no sabía si consideraba aquello útil o no. Con todo, los dedos del chico se cerraron en torno al objeto y lo mezcló con las cosas diversas que Devereux había dicho que podía quedarse por hacer el viaje al este y entregar las cartas y los papeles a la hija del muerto. Devereux le vio lanzar por última vez una mirada codiciosa al sombrero y a la pistola que había prometido darle a su regreso, y entonces llegó el señor Hollinghurst y al cabo de un rato ambos se marcharon, enfilando sus caballos hacia el este.

Ah, bueno, merecía la pena intentarlo. Devereux suponía que tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de ver otra vez al chico.

En San Luis el chico olió cerveza y whisky y harina y hierro fundido. Era el lugar más ruidoso y abarrotado que jamás había visto. Saint Charles, cuando llegaron, le pareció un lugar más tranquilo, pero eso todavía le daba miedo, la idea de quedarse allí solo.

No sentía ningún cariño hacia el señor Hollinghurst, que en los años en que lo había tratado siempre había sido mucho más agarrado que Devereux y siempre le había golpeado con mayor violencia cuando estaba irritado. Con todo, lo lamentó mucho cuando el señor Hollinghurst se volvió hacia él en Saint Charles y le dijo:

—Aquí te dejo, así que escucha bien porque voy a decirte cómo llegar.

Al igual que Devereux, siempre hablaba al chico en el idioma del chico.

—Esto —dijo Hollinghurst, golpeando el suelo con la bota— es aquí. — Hablaba lentamente y en voz alta, como si se dirigiese a un chiquillo idiota —: Ahora dame la cinta verde que llevas en el pelo y ese colgante de cuentas azules tan largo que llevas ahí y ese otro más pequeño, el de las blancas.

Al ver que el chico dudaba, Hollinghurst volvió los ojos y mostró su irritación:

—No te preocupes, sólo los voy a tomar prestados para mostrarte el camino que debes tomar, después te los devolveré. Venga, dámelos.

Vio los largos dedos del vendedor de pieles disponer en el suelo las cosas que le había dado, de manera que las cuentas azules se alejaban desde la

punta de su bota y las blancas hacían lo propio desde la última de las azules al tiempo que la cinta verde conformaba algo más lejos un culebreo aislado.

—Bien. En primer lugar seguirás el curso del río Ohio, aquí —Hollinghurst señaló las cuentas azules—, lo que te llevará hasta Pensilvania. Después seguirás las Allegheny y luego el desfiladero de Mahoning —las cuentas blancas—, y una vez que alcances las montañas deberás rebasarlas hasta llegar a la vertiente oeste del río Susquehanna —la cinta verde—, después te dirigirás al sur, y aquí, un poco más lejos —dio unos golpecitos con la punta del pie en un lugar situado bajo la cinta—, está la casa del muerto.

El comerciante le habló de las cosas que debía buscar, de la forma que tendrían esas grandes montañas con las que se encontraría antes de llegar al río Susquehanna y de ciertas colinas y bosques que flanqueaban los ríos, de la ocasional aparición de grupos de edificios de ladrillo y madera y de la probable ubicación de la casa del muerto, emplazada en un valle que había tras una ciudad de tamaño medio.

El chico asintió. Le avergonzaba no conocer el territorio, no tener ningún recuerdo de él.

El señor Hollinghurst dijo que esperaba verle de vuelta en la tienda mucho antes de que comenzase el invierno:

—¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó el chico.

Mucho antes de llegar a San Luis y Saint Charles, cuando viajaba con el señor Hollinghurst, el chico había visto hombres que se parecían a él. Siempre los encontraban al seguir el curso de los ríos más cortos, y siempre los obligaban a pagar un peaje ya fuera con dinero o en especie a cambio de permitirles cruzar a donde querían por los pasos menos difíciles. Justo antes de llegar a Saint Charles, un grupo entero había pasado al trote haciendo un ruido ensordecedor, hombres envueltos en sus mantos rojos, y durante un tiempo después sólo hubo campamentos y pueblos. Ahora que el chico enfilaba sus pasos más y más hacia el este, ahora que atravesaba montañas y

amplios valles, daba la impresión de que ya no había nada de aquello.

Cabalgaba sin montura, la mayor parte del tiempo por la noche: el vendedor de pieles le había dicho que no sería bienvenido allá donde iba. En una correa que le cruzaba el pecho llevaba sus diversos colgantes, su pequeño arco de nogal, y en otra correa una bolsita oculta en la que llevaba los papeles y sus flechas.

—Estoy en otro mundo —se dijo a sí mismo.

Incluso en la oscuridad le inquietaba ser visto. Cuando divisaba una luz, o veía por delante de él la oscura silueta de un caballo, y escuchaba el resoplar de los rebaños o el gañido de los perros o cualquier sonido que indicase alguna ocupación o un asentamiento del tipo que fuese, el chico se desviaba trazando un amplio arco alrededor del lugar. Hacía buen tiempo. Las escasas precipitaciones caían durante el día, mientras él descansaba, o en breves chaparrones. Lentamente, día tras día y noche tras noche y semana tras semana, el chico siguió su camino al este.

La brújula que el vendedor de pieles le había dado no le servía porque para eso ya tenía la música del río y la brillante distribución de las estrellas, pero la llevaba en la mano porque le gustaba su belleza y porque tenía la sospecha de que poseía un poder secreto del que el vendedor de pieles no le había hablado: de alguna manera, estaba viva. Le gustaba el modo en que la pequeña aguja temblaba bajo la protección transparente, como su propio corazón cuando perseguía una presa o aguardaba con el anzuelo a que mordiese un pez.

Los papeles del muerto se movían y crujían contra su pecho a medida que proseguía su avance. Hubo momentos en que parecía que lo estaba viendo otra vez, escribiendo sus cosas: la punta de una de sus peladas plumas sumergida en la tinta, el sonido aquel, que le recordaba al roer de los dientecillos de alguna criatura menuda en una hoja o en la lisa corteza de un árbol.

Ahora pertenecían a la hija, había dicho el vendedor de pieles, y al chico le agradaba no necesitarlos ni tener el deseo de poseerlos porque eso significaba que no le importaría dárselos. Era cierto que le gustaban las imágenes —los dibujos de árboles y flores y hierbas— y las figuras

alineadas, las colinas de perfil y los ojos y las serpientes, que según Devereux representaban el nombre de la hija del muerto. Aquello era sorprendente y también agradable. Pero no sentía hacia aquellos papeles el deseo que sí sentía hacia la pistola o la caja de latón o el sombrero o la blusa. Aún estaba enfadado con Devereux por quedarse tantas cosas del botín del muerto y, conforme su montura se adentraba en el este, no podía evitar preguntarse si con lo tacaño que era tendría realmente la intención de darle aquel bonito sombrero. Pensó mucho en ello a medida que avanzaba kilómetro tras kilómetro en la oscuridad de la noche. Bueno, siempre podía intentar quedarse con la brújula; si Devereux intentaba quedarse el sombrero entonces él podía negarse a devolverle la brújula.

La tierra que cruzaba era suave y fértil. Había trigo y cáñamo y algodón y toda clase de frutas.

Llegó a algunas ciudades que aun siendo más pequeñas que Saint Charles tenían todas las cosas que había visto en Saint Charles, entre ellas muchas casas, tabernas, molinos, iglesias, granjas. Incluso en la oscuridad, cuando las evitaba, le era posible ver que esas ciudades tenían mucho movimiento y una enorme cantidad de gente. Todos los edificios estaban hechos de madera o ladrillo y a veces también de piedra. Eran grandes y sólidos. Después venían bosques y tierras de cultivo y montones de colinas, después más ciudades y granjas y caminos. Después, en ocasiones durante largos trechos, nada: una cabaña de madera, una casa muy grande. Vacas, ovejas, cerdos. De la parte de atrás de una casa se llevó vegetales y una gallina. La mayor parte de las veces, sin embargo, cazaba y recolectaba lo que le salía al paso. El viento soplaba del oeste y era muy suave. En los caminos había carromatos llenos de gente y fardos. Buena parte del tiempo el viaje se hacía muy duro porque el caballo iba dando traspies durante largos tramos de piedra caliza. A su lado, majestuosas orillas cubiertas de árboles y matorrales se alzaban a lo largo del río.

Cuando traspuso las montañas que seguían el curso del Susquehanna había un puente a medio construir y desde su escondite vio gente cruzando al otro lado a bordo de una balsa empujada por las pértigas de cuatro individuos. Aguardó entre los pinos. Estaba oscuro y había niebla. Aguardó

hasta la noche y entonces también él cruzó el río; el agua le llegaba hasta los hombros y el caballo nadaba impulsándose en la rápida corriente.

Después del puente, más casas y tabernas y molinos y granjas e iglesias.

Pensaba con frecuencia en el fallecido hombre blanco, en que también él había sido al principio tan tacaño como el vendedor de pieles, después lo fue algo menos, tras aquel día en que le gritó por probarse el sombrero de copa. Luego se lo pasó muy bien con él, el enorme explorador le recompensaba a menudo con alguna nueva cosilla mientras seguían avanzando entre la lluvia y el calor asfixiante rumbo al sol poniente, a la caza de aquellos animales fantásticos.

Mucho tiempo después de comenzar su solitario viaje para volver con Devereux, Anciana de Allá Lejos todavía echaba de menos a Bellman, el caminar lento y pesado de sus grandes pies calzados con aquellas botas; Bellman subido a su caballo negro y meciéndose de lado a lado, los crujidos y chirridos de su silla de cuero; Bellman humedeciendo la pluma en la tinta de su abrigo, y, ya más cerca del final, deteniéndose de pronto durante la marcha para sentarse totalmente inmóvil, como si no supiera bien qué estaba haciendo o cómo había llegado al lugar en el que se encontraba; Bellman, jugueteando por la noche con su pequeño ornamento de cobre, moviéndose agitadamente en sueños, murmurando.

Anciana de Allá Lejos aún echaba de menos aquel canturreo suave que su voz rasgada había estado entonando hacia el final, y había días en que, justo antes del amanecer, se internaba entre los árboles y ataba su caballo y se acurrucaba sobre las hojas tratando de recordarlo.

Pensó en los dibujos que el muerto trazaba en el polvo.

Las cuatro patas como árboles gigantescos, los monstruosos cuerpos y los enormes colmillos curvados. Era cierto lo que le había dicho a Devereux, que no había visto nada parecido a la criatura que el hombre había dibujado en el suelo.

Pero sí había oído hablar de ellas.

Hasta donde podía recordar, siempre había escuchado historias acerca de aquellas colosales criaturas que se alimentaban de hombres: su gente había visto los huesos cuando vivían en el este, enterrados bajo la suave arcilla

salina de un valle boscoso. Los mismos huesos, quizá, sobre los que había leído el enorme explorador de cabellos rojos. Pero lo que el chico oyó decir era que los monstruos habían desaparecido: que se habían volatilizado para siempre cuando el Gran Espíritu, el Dios Mayor, destruyó aquellos animales sedientos de sangre con truenos y rayos porque las bestias se habían alimentado de su pueblo, lo habían consumido.

Lo que le llevaba a preguntarse por qué el Gran Espíritu no había destruido a los colonos blancos que llegaban del otro lado del mar tal y como había destruido a aquellas bestias ciclópeas.

Ésa fue la pregunta que le formuló a su padre el día en que recogieron sus cosas y procedieron a desplazarse hacia el este, y su padre se encogió de hombros. Le dijo que el mundo estaba lleno de misterios y que uno debía ser paciente, y de momento si algo podía asegurar era que habían luchado y habían perdido y lo mejor que podían hacer era marcharse con las cosas que les habían entregado.

En la oscuridad siguió estrechos senderos y malos caminos sobre colinas y rocas, viejos árboles y ríos, entre nubes de insectos. Si quedaba algún vestigio de su pueblo u otros parecidos, que aún vivían tranquilamente en los bosques, lo cierto era que no los había visto.

Pensó en su hermana, en los colonos, y en las cosas que resultaron ser la mitad de lo que el gobierno había prometido a su gente por abandonar las tierras que ocupaban en el este y aceptar retirarse al oeste. Pensó también en el viejo, allá por el tiempo en que él no era más que un niño: sus advertencias para que no entrasen en ningún tipo de trato con los hombres blancos, su profecía de que si lo hacían sería para ellos el comienzo del fin.

Anciana de Allá Lejos no sabía aún qué pensar.

De una cosa sin embargo sí estaba seguro: no había ningún Gran Espíritu. Ningún Hombre Grande en el Cielo cuidaba de ellos. Si alguna vez lo hubo, ya no estaba allí.

Le gustaba mucho el caballo del muerto. Era de un color más bonito que el de su antiguo caballo y marchaba mucho más rápido. A veces, para animarse, acercaba la boca a aquellas orejas suaves como hojas y susurraba: «Recuerda, no existen los dioses. Sólo nos tenemos a nosotros mismos y nada

más».

Mientras se dirigía al este sentía el agradable peso del abrigo del muerto sobre los hombros, la suave blusa, con sus preciosas rayas, levantada por la brisa. Pensaba que el sombrero de copa y la pistola serían suyos, siempre que el vendedor de pieles no le engañase, si llevaba las cartas a la chica. No creía que hubiera algo malo en desear aquellas cosas. Era un chico menudo y su nombre no era demasiado bonito, pero el hecho de verse cabalgando el fabuloso caballo del hombre blanco, vestido con sus cosas y sabiendo que todavía le esperaban más, no le hacía sentir como un idiota. Se sentía grandioso y resuelto. Se sentía inteligente y audaz. Se sentía como un hombre embarcado en una misión personal que lo hacía diferente del resto del mundo.

El viaje al este, sin embargo, resultaba largo y difícil.

Cuando era de día dormía escondido en los bosques, y cuando al atardecer despertaba y aún había un poco de luz, sacaba las cartas del muerto. Le gustaba el leve crujir de las hojas, los dibujos de árboles y hierbas y animales. Era irritante no poder leer lo que decían. Pasaba una vez y otra aquellas cosas secas, llenas de trazos, y se preguntaba qué misterios contendrían. Le habría gustado que Devereux o el señor Hollinghurst le hubieran enseñado a leer. Le habría gustado que le hubiesen enseñado sus idiomas, pero siempre se habían dirigido a él en su propia lengua. Parecían querer guardar el secreto de sus idiomas, como si se tratase de un par de armas que no tenían la menor intención de entregar.

Durante el tiempo que pasó con el muerto, el chico averiguó que el idioma que hablaba era más o menos el mismo que el del señor Hollinghurst. El enorme explorador hablaba con frecuencia en su idioma en voz alta, como a la espera de que un día el chico fuera capaz de comprenderlo, pero Anciana de Allá Lejos no entendía casi nada de aquellas palabras, sólo un puñado aquí y allá que le sonaban de haberlas oído utilizar al señor Hollinghurst. Sabía distinguir cuándo estaba enfadado o emocionado o sentía incertidumbre o pesar, pero lo poco que conocía de su idioma no bastaba para encontrar un sentido a lo que decía, y no había nada que pudiera ayudarle a entender lo que estaba escrito en los papeles. Lo único que sabía, porque Devereux al menos se lo había contado, era esto: que los pequeños dibujitos que se

repetían en la parte superior de muchas de las páginas representaban a su hija.

Anciana de Allá Lejos no reconoció el país de su infancia. Ya no le resultaba sino ligeramente familiar, remoto, distante, como algo que hubiera medio sentido en sueños y que había olvidado en cuanto despertó. Los frescos y variados tonos de verde de los árboles del verano, el azul verdoso, oscuro, del río, ese suave hundirse de su caballo en la fértil tierra cada vez que daban un paso en la dirección que le habían dicho que debía tomar: todas esas cosas parecían formar parte de un mundo que, sin saber cómo, había cambiado para verse reconstituido entre los caminos, los edificios y los campos que había atravesado hasta el punto de volvérselo indescifrable.

Le daba miedo lo que el vendedor de pieles le había dicho, que a la gente le desagradaría verle en esos lugares donde se esperaba que todos los de su especie ya se hubieran marchado. Cazar resultaba difícil en la oscuridad, y tenía mucha hambre. Para cuando ya casi había llegado sólo le quedaba una flecha, las demás habían desaparecido en la noche persiguiendo un susurro o ese crujido que indicaba que había por ahí cerca algo comestible, y ya no pudo dar con ellas y después tuvo que emplear la última en un mapache al que vio escabullirse por entre las hojas y que antes de que hubiera podido atraparlo consiguió escapar con la flecha ensartada en una pata, brillando a la luz del ocaso para enseguida desaparecer y dejarle sin nada con lo que obtener su comida o defenderse. Tenía miedo de los hombres blancos, de sus pistolas. Ojalá Devereux le hubiera dejado una de las pistolas del muerto. Le encantaban las pistolas. Se sentía muy solo, su única compañía era esa diminuta aguja azul que, en el interior de su cajita de madera, temblaba muy cerca de su corazón.

BessBessBessBessBessBessBessBessBessBessBessBessBessBessBessBess

Las miró ahora, las colinas de lado, los ojos entornados, las dos pequeñas y

culebreantes serpientes. La chica no se aparecía en su mente. Sus sueños eran una mezcla de muchas cosas: Devereux y Hollinghurst y el muerto y la hija del muerto y las cosas del muerto, los enormes fardos que representaban la mitad de lo que se le había prometido a su pueblo, los ríos y los bosques y los jardines de su infancia, maíz y judías y calabazas que se abrían de maduras a la luz del sol, el enjuto colono blanco que había tomado a su hermana, las advertencias del viejo. Colinas, y ojos, y serpientes, y todo cuanto había ocurrido en su vida y lo que todavía podía suceder en el futuro. Una y otra y otra vez.

Desde lo del bibliotecario, Bess había ido sintiendo más y más miedo hacia Elmer Jackson, y no estaba segura de lo que podía ocurrir ahora que le veía acercarse, pero creía saber desde hacía mucho que tarde o temprano algo ocurriría, sólo era cuestión de tiempo.

En aquellos días Elmer Jackson se presentaba con frecuencia en la casa para llevar a cabo alguna reparación, o ayudar a tía Julie con las mulas, pero nunca antes había ido allí en ausencia de tía Julie, y la palabra *cubrir* se apareció de pronto en la mente de Bess: era una imagen de lo que sucedía cuando el semental se acercaba a cubrir las mulas y de los intentos de las mulas por escapar y de las veces que Elmer Jackson tenía que ir en su busca y llevarlas de vuelta, y también de lo que ocurría después, cuando muchas de las mulas se retiraban a una esquina del prado con las cabezas gachas y un aspecto de lo más triste.

La tenía ahora contra la pared, apretándole con un brazo la garganta.

Elmer Jackson respiraba intensamente mientras una mano pugnaba con la hebilla de su cinturón. Una abultada vena, gruesa y horrible, latía cerca de los tendones de su cuello. Apestaba a excrementos de mula y a las sucias prendas que llevaba encima. Bess cerró los ojos. Un chorro de vómito le llenó la boca.

Gritó para llamar a su tía Julie aun a sabiendas de que no cabía la menor esperanza de que alguien la oyese. Tía Julie estaba más allá de donde alcanzaba la voz y no allí para protegerla. Tía Julie estaría en ese momento en

la iglesia, levantando la vista hacia la tornasolada belleza de Moisés brillando en la luz.

Bess mordió a Jackson en la barbilla y en la mejilla y le clavó las uñas en la espalda y lanzó un grito, pero sólo se oyó el golpe metálico del cinturón al chocar contra el suelo, y la niña sintió caer sobre la pierna los pantalones del hombre.

El señor Hollinghurst había descrito un estrecho valle bordeado de suaves colinas cubiertas de árboles, una garganta al norte y después un pueblo; la casa del muerto se hallaba algo más lejos, a poca distancia siguiendo un sendero de piedra: una casa de troncos con un porche y un pasto vallado donde muy probablemente habría mulas. Esto, dijo el señor Hollinghurst, era lo que aparecía escrito en la parte delantera de las cartas, y el chico pensaba que ya no podría estar lejos.

Se sentía tan cerca que por primera vez en tan largo viaje siguió marchando a la luz del día en lugar de esconderse entre los árboles hasta que cayera la noche, dando un rodeo lejos de los edificios del pueblo y abriéndose paso entre los árboles hasta el camino que conducía hacia el este.

Llegó a una iglesia blanca y escuchó los cánticos procedentes del interior. Más allá alcanzó a ver el sendero de piedra.

Quizá era la falta de costumbre a la luz lo que le distrajo.

Quizá era porque tenía sueño después de viajar toda la noche y ahora, también, la mitad de la mañana.

Fuera como fuese, le pilló desprevenido; no llegó a ver a aquel tipo gordo, blanco, hasta que casi lo tuvo encima. Justo ahí delante, al lado de un arbusto muy grande situado detrás de la iglesia: un gordo con un chaleco amarillo y unas gafas y una mano metida por dentro de los pantalones.

El chico chistó al caballo y lo condujo hacia los árboles. Ya había visto

antes muchos hombres blancos que sacaban pistolas del interior de sus prendas. ¿Le habría descubierto? No estaba seguro.

El gordo miró rápidamente a izquierda y derecha, y entonces su mirada pareció pasearse por el lugar en el que se encontraba el chico y dio la impresión de que se detenía en seco, como si estuviera a punto de hacer algo. Anciana de Allá Lejos alcanzó a ver claramente que sostenía algo en la mano que mantenía oculta. El corazón le latía con fuerza. «No tengo armas —dijo para sí—. No me quedan flechas, y si no tengo una pistola es porque ese rastrero, ese ladrón de Devereux, el vendedor de pieles, no quiso darme una hasta mi regreso.»

Lo que le hace recordar la aguja de tejer.

Con un firme nudo acorta rápidamente el elástico tendón de su pequeño arco de nogal, después muerde con fuerza el blando tope de madera que hay en el extremo de la larga aguja de acero hasta que consigue hacerle una muesca; coloca la aguja en el lugar adecuado, echa hacia atrás el brazo y dispara al bibliotecario, que cae muerto.

Contento y un poco sorprendido por la precisión de su disparo el chico baja de su caballo. La aguja de tejer es un bien muy preciado y, puesto que ignora cuándo volverá a necesitarla, la extrae del cuello del hombre, al que ha atravesado como si del tronco de un arce se tratase, y la oscura savia mana cubriendo entre burbujeos el chaleco y la camisa y los pantalones del hombre.

El chico se lamenta por tan bonito chaleco, que es exactamente de ese precioso color de su flor favorita. Vacila respecto a las gafas, que no tienen para él ningún uso, pues su vista es extraordinariamente aguda. Pero ya reúne edad y sabiduría y experiencia suficientes como para saber que el hecho de que algo carezca para él de un uso no significa que no vaya a tenerlo para otro y sea, por tanto, valioso. E incluso si resulta que las gafas no ostentan valor como tales, el mismo cristal seguramente servirá para hacer algún trueque, al igual que esos delicados fragmentos de metal curvado que hay alrededor de las orejas esponjosas, pálidas, del hombre.

Coge las gafas y las guarda en el bolsillo del enorme abrigo de Cy Bellman, limpia la aguja de tejer rápidamente en la manga de la camisa del muerto, regresa a su caballo y continúa en lo que, dada la posición del sol, el

desplazamiento del aire y los últimos detalles de las instrucciones del señor Hollinghurst, le parece la dirección adecuada.

Bess aguanta la respiración, y se dice a sí misma que tiene que pensar en otra cosa. Algo muy lejano que nada tenga que ver con el momento presente y lo que le está sucediendo. Su única esperanza es que esto terminará pronto.

En el prado rebuznó una de las mulas. Una teja suelta se desplazó en el tejado, movida por el viento. A la espalda de Bess el reloj hilaba su sonoro tictac, y su pequeño saliente inferior se le clavaba en la parte de atrás de la cabeza mientras Jackson la inmovilizaba contra la pared. Bess cerró los ojos.

Y entonces los recuerdos asaltan al chico.

El camino y la pequeña ciudad de madera quedan a su espalda, y él se detiene. La ondulación de las colinas, la distribución del bosque, el fresco aroma de la hierba del verano y de la fértil tierra oscura, todo eso le sobreviene desde su infancia, atravesando el tiempo en brazos de la brisa matutina.

«Esto era mío —piensa, emergiendo de un macizo de arbustos—. Estoy aquí. Vuelvo a estar en el lugar del que procedo y donde todo ocurrió.»

Luego los gruñidos, los gemidos. Jackson agarrando a manos llenas el vestido de Bess, llamándola mi nena.

Después el rumor de unos cascos a lo lejos, y a través de la puerta abierta, entre el hombro convulso de Elmer Jackson y su húmedo cuello rojo, una silueta montada en un caballo negro acercándose al galope por el largo sendero de piedra que desde el oeste atravesaba los pastos, una silueta de

trenzas oscuras, sueltas, envuelta en un abrigo marrón que se mecía al viento y una blusa hinchada de color pastel, una silueta que a ojos de Bess adquiriría el inimaginable aspecto de una especie de santa trinidad compuesta por su padre, su madre y un forastero al que jamás había visto en su vida.

—¡Ayúdeme!

Pataleó y mordió y clavó las uñas en la espalda de Jackson.

Durante un buen rato dio la impresión de que el hombre del caballo negro no seguía acercándose, y Jackson ya le había quitado las polainas a Bess y tenía las piernas de la chica cogidas alrededor de su cintura. Entonces otra vez los cascos, los relinchos, un ruido de algo deslizante que frenaba en el polvo y un no sé qué veloz, ligero como una pluma, que, lanzado a través del aire transparente de la mañana, brilló con una luz plateada y asomó bruscamente por el ojo de Jackson, justo delante de la nariz de Bess.

La niña sintió a Jackson despegándose y soltándose de ella y cayendo al suelo.

Su cuerpo se sacudió una vez, y después se quedó quieto.

El indio carecía de barba y no era alto, tenía los hombros estrechos y ligeramente hundidos, llevaba el abrigo de su padre y la blusa de su madre. Entreveradas a sus oscuras trenzas, cintas de varios colores, alrededor de su cuello colgantes de abalorios, azules y blancos y rojos, una pequeña campanilla y un dedal de cobre, alcanzó a ver Bess, tras una de sus orejas.

Tragó una bocanada de aire.

Cielos. Primero Elmer Jackson. Ahora un indio vestido con las ropas de sus padres.

Temblaba de pies a cabeza, incapaz de hablar.

Podía ser cosa de los dos años que había pasado viviendo con su tía Julie, o porque había transcurrido mucho tiempo desde aquella mañana de domingo en que por última vez se dirigió a Sidney Lott, pero lo cierto era que Bess, cuando por fin habló, parecía más una mujer de cuarenta y cinco que una chiquilla de doce y medio:

—Gracias, señor —dijo, todavía tratando de recuperar el aliento—. Estoy en deuda con usted por lo oportuno de su llegada.

No estaba segura de que el chico pudiera entenderla. Pensó que

probablemente no, dado que seguía ahí plantado ante ella, sin decir nada. Sudaba a causa de aquella galopada, y su rostro resplandecía. No se parecía a nadie que hubiera visto antes.

Bess se alisó las ropas, todas arrugadas y rotas. Se deshacía en violentos temblores. No quería preguntarle al chico cómo había hecho para tener la blusa y el abrigo y el dedal. No quería saber cómo había llegado a estar en posesión de una de las agujas de tejer de su madre o a tener por montura el caballo de su padre. No quería saber nada más de lo que ya sabía. No creía que el chico trajese buenas noticias.

El chico no dijo nada.

Todavía pensará algunas veces, ya de viejo, en el hombre que se restregaba contra ella a lo lejos. Visible a través de la puerta abierta, como un animal en una hondonada de árboles, iluminado en medio de la oscuridad circundante.

De uno de los fardos que el caballo cargaba sacó los papeles que le había confiado el vendedor de pieles y se los entregó a Bess.

—¡Oh! —exclamó ella.

Allí estaban las cartas sin enviar, por supuesto, con el nombre de la niña en ellas, y allí estaban los dibujos de hierbas y árboles y arbustos desconocidos, y de unos cuantos animalitos y pájaros extraños, y de un conejo enorme, y, entre las páginas, algunas hojas prensadas y casi desmenuzadas, y unas semillas pequeñas y reseca que cayeron sobre sus manos.

Estaba la carta de Devereux que le explicaba que su padre había muerto y que sus huesos estaban enterrados en el oeste.

Lo que no había eran dibujos de criaturas gigantes, con enormes colmillos.

—Le ruego me disculpe un momento —dijo Bess al chico, y salió al porche, que parecía algo hundido y tenía bastantes refuerzos.

Durante un largo rato Bess permaneció de pie, protegiéndose los ojos del sol y mirando hacia el oeste, aferrada al deseo, pese a las noticias que el chico había traído, de que una figura alta tocada con un sombrero de copa apareciese entre una nube de polvo y esa pálida rocalla levantada por el

rápido caballo negro, pero no fue así. Estaban el cielo y los árboles y el largo sendero, y ella entendió que eso era todo, pero aun así allí seguía, mirando a lo lejos mientras su mente hacía lo posible por no creer lo que le habían contado, todo cuanto podía para rechazar las noticias. Sólo su cuerpo las aceptaba con aquel violento temblor, y ahora Bess luchaba por sobreponerse a él, consciente de que se hallaba ante una avalancha que la engulliría si así lo permitía ella, y entonces ya no sería capaz de asomar la cabeza para respirar.

Se sentó ante la mesa de pino y escribió al vendedor de pieles tal y como éste había solicitado. El chico alargó la mano para coger el trozo de papel y Bess se lo entregó.

—Puedes quedarte la blusa —dijo en voz baja—, y el abrigo y el dedal.

Parecía un precio muy pequeño por los servicios que el chico había prestado, aunque de nuevo era incapaz de saber si le había entendido.

Levantando la voz, y hablando más despacio, Bess dijo:

—Iré al surtidor a buscar unas tazas de agua. Estoy segura de que nos encontraremos mejor después de beber algo frío. Quédate aquí, por favor. Sólo tardaré un minuto.

Bess nunca dejaría de preguntarse qué habría pensado el chico cuando ella se marchó al surtidor, cuáles serían sus sentimientos más allá de estar, seguramente, bastante cansado.

Se preguntaba si no habría temido que alguien pudiera perseguirlo debido a que Elmer Jackson estaba ahí tirado sobre un charco de sangre, la cara atravesada por una aguja de tejer; si no habría llegado a pensar que ella misma había ido a buscar a esa persona.

Se preguntaba si, plantado allí en aquella casa extraña, rodeado por la pálida luz de la mañana, no habría descubierto de pronto la nostalgia que sentía hacia su hogar, si no tendría pendiente una cita importante o un encuentro con alguien que le hubiera hecho marcharse de allí apresuradamente.

Lo único de lo que estaba realmente segura era de que el chico debió de pensar que merecía más por las molestias que la roñosa blusa de su madre y su dedal de cobre, y el viejo abrigo de su padre gastado por los viajes, pues cuando regresó del surtidor con dos tazas de latón llenas de agua, una para cada uno, no sólo se había ido, no sólo se había llevado la cabellera de Elmer Jackson y la aguja de tejer ensangrentada tras sacarla de su ojo, además del caballo gris de Elmer Jackson; también se había llevado del interior de la casa la pieza de ganchillo que servía para coger las ollas y que colgaba de un gancho clavado en la pared del hornillo, un trapo para secar los platos, dos

tenedores, un cuchillo, una cuchara, un delantal bordado y el paraguas negro de su tía Julie.

Se quedó un rato en el porche sujetando las tazas de agua y mirando hacia el oeste, pero no había rastro de él. La única prueba de que había estado allí, si se descontaban las cosas que se había llevado y que ya no estaban en la casa, era el cuerpo de Elmer Jackson tirado bajo el reloj.

Bebió el agua y aguardó hasta que el corazón se le tranquilizó un poco.

Tía Julie se iba a irritar muchísimo por la pieza de ganchillo y el trapo para limpiar los platos y el delantal bordado, y se iba a poner como una fiera por la cubertería y el paraguas, que tenía la contera de plata y lo había reparado hacía poco.

—Bueno —dijo Bess en voz alta—, diré que fui con el mulo a por leña y que cuando volví ya habían desaparecido las cosas.

Mientras tanto iría a por un cubo y lavaría la sangre del suelo y ataría a Elmer Jackson a la mula por los tobillos y lo arrastraría hasta los pastos más lejanos, donde la tierra era blanda y fácil de cavar, y haría un agujero y lo tiraría allí, y luego lo taparía.

Las cartas de su padre las ocultaría bajo su colchón y no le diría nada a tía Julie, nunca.

No quería que su tía, o los Lott, o nadie en todo el condado de Mifflin supiera que se habían cumplido en su padre las más mezquinas profecías y que ya no regresaría; que no había encontrado las enormes criaturas que había ido a buscar.

No quería oír lo que tía Julie querría decir de su fracaso.

No quería que le llamasen idiota, que lo contasen en el número de los dementes y de los perdidos.

Tampoco quería decirle nada a tía Julie acerca de aquel indio de rostro lampiño que la había salvado y les había robado y se había marchado sin una palabra de despedida.

Era muy probable que su tía encontrase algo desagradable e insolente que decir también de él, y prefirió, pues, guardar igualmente esa parte en secreto.

En cuanto a la brújula, no tenía claro si se le había caído al indio en sus prisas por irse o si la había dejado allí a propósito. Fuera como fuese, no la

puso bajo el colchón sino que se la guardó en el bolsillo, apretándola entre sus dedos, y lo imaginó cabalgando a lo lejos de regreso al oeste. La ensangrentada aguja de tejer, supuso, estaría ahora en su carcaj vacío junto a la cubertería, y llevaría el paraguas bajo el brazo, como una lanza. La pieza de ganchillo la habría atado, quizá, a su cabeza, el trapo para secar los platos y el delantal bordado los llevaría alrededor de los hombros. Cuando cerró los ojos veía todo eso ondeando tras él en la brisa de la mañana como una bandera, y una capa enjoyada.

Agradecimientos

Toda mi gratitud al Centro Dorothy y Lewis B. Cullman para Escritores y Estudiosos de la Biblioteca Pública de Nueva York por la beca 2016/2017, que tan importante me fue para escribir este libro. Gracias a Jean Strouse y al maravilloso equipo que tiene allí, y a sus conservadores y bibliotecarios.

Gracias a Salvatore Scibona, Akhil Sharma y Jonathan Stevenson, que fueron los primeros en leer y comentar el manuscrito.

Gracias a David Constantine, Cathy Galvin, Mary O'Donoghue y Sophie Rochester.

A Marion Duvert y Anna Webber.

A Sarah Goldberg y Bella Lacey.

Mi especial agradecimiento a Bill Clegg.

Y a Michael, siempre.

Nota

[1] Población situada en el estado de Delaware, fue fundada en 1651 por colonos holandeses y convertida más tarde en una pequeña ciudad portuaria. *(N. del e)*.

Oeste
Carys Davies

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *West*

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño a partir de una idea original de Lauren Peters-Collaer

© de la fotografía de portada: Barney Burstein/Contributor/Corbis Historical/Getty Images;

© DeAgostini/Biblioteca Ambrosiana/De Agostini Picture Library/Getty Images

© de la fotografía de la autora: Jonathan Bean

© Carys Davies, 2018

Publicada inicialmente por Scribner, un sello de Simon & Schuster, Inc., New York
Derechos de traducción de MB Agencia Literaria SL. Y The Clegg Agency, Inc. USA

© de la traducción, Lorenzo Luengo, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-233-5417-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!





Oeste Carys Davies



DESTINO